0868.4
75c
5

BUENAVENTURA UREÑA

COSAS DE ANTAÑO

Editora del Caribe, C. por A.
Ciudad Trujillo. R. D.

AÑO DEL BENEFACTOR DE LA PATRIA

1955

A mi buen amigo
Jose Ernesto Garcia G.
Con mi afecto sincero

[illegible]

BUENAVENTURA UREÑA

COSAS DE ANTAÑO

Editora del Caribe, C. por A.
Ciudad Trujillo, R. D.

AÑO DEL BENEFACTOR DE LA PATRIA

1 9 5 5

BN
RD868.4
U75c
c.5

OBSEQUIO Lic. José E. García Aybar 11/5/82

Este pequeño libro, fruto de una buena voluntad más que de un talento, lo dedico a mi Ilustre Jefe, amigo y protector Generalísimo Dr. Rafael L. Trujillo M., Benefactor de la Patria y Padre de la Patria Nueva quien, nuevo Mecenas, es el máximo protector de las letras en la República que él ha engrandecido con su portentosa obra de Gobierno.

EL AUTOR.

019919

17810-10

I

Cuando mi madre estaba moribunda el Sacerdote que le administró los últimos sacramentos fué el Padre Billini. En ese momento ella le dijo Padre cuándo yo muera quiero que usted se haga cargo de mis dos muchachos para que me los eduque y me los guie y muy especialmente a Panchito que es tan terrible que me cuesta tenerlo sostenido por la **beta** como si fuera un toro.

Nueve dias después del fatal suceso se presentó a la casa de nuestros abuelos el Padre Billini reclamando su triste legado, por lo que tan bien recomendados como mejor acompañados nuestra entrada al Colegio "San Luis Gonzaga" se realizó, como diría un buen amigo mío, bajo palio.

El alumnado del Colegio se componia de muchachos de todas categorías social y económica y entre los internos los habia desde los acaudalados Juan Bautista y Felipe Vicini Perdomo hasta Ramón y Chichí Lapuente, dos muchachos de Puerto Plata quienes no tenían ni quien les mandara recuerdos.

La vida del Colegio era cantar mucho a la entrada y salida de clases, rezar más y comer menos. Una noche, un grupo, quizás con hambre, resolvió comer pan con rábanos; pero para ello necesario que un valiente cruzara el patio para ir a la hortaliza que en el fondo cultivaba don Miguel Camarena, y ese valiente fué mi hermano Panchito quien

ción de "pobre vergonzante" y uno de apellido Báez quien en viajes a Puerto Rico, buena ropa y mejores sombreros gastó toda su fortuna.

Don Pipí puso en la mano de cada uno una moneda y cuando iban bajando la escalera, me díjo sonreído:

—Qué te parece Ureña ahí van Santana, Cabral y Báez.

III

Loretica Luna fué una virtuosa dama capitaleña que murió de noventa años de edad sin que Cupido con su certera flecha le hiriera el corazón.

El encanto de los últimos años de su vida fué ir a la Iglesia, cuidar su hermana Belica, a su hijo de crianza y a su loro predilecto.

Todos los días, al amanecer, lo primero que hacía Loretica era colocar en el umbral de la única ventana que tenía su casa de la calle "Padre Billini" un arco de barril y sobre éste su loro queridísimo. Desde ese momento hasta el anochecer el vecindario no tenía descanso con los silvidos, gritos y otras exclamaciones del hermoso trepador hasta que un señor que por razón de su oficio hacía del día noche para dormir concibió la idea de enseñarle algo que por lo subido de color ruborizara a Loretica y que ésta por esa razón se deshiciera del loro. El animal tardó poco en aprender la lección y un día, cuando Loretica, con el cariño de siempre fué a darle la comida este, el loro, le dijo con voz grave: Loretica yo te amo.

Loretica levantando los brazos y poniendo los ojos en blanco, exclamó:

Al fin. A los noventa años; pero es un loro que se me declara.

resuelto y sin miedo cruzó el oscuro patio y regresó no con el escudo como el gladiador romano pero cargado de rábanos y todo cuanto pudo arrancar protegido por las sombras de la noche; pero como él había dejado sus huellas en los canteros fué fácil descubrirlo.

Al siguiente dia cuando don Miguel fué a recoger sus legumbres para llevarlas al mercado encontró aquello como si por allí hubiera pasado una bandada de langostas. Llegar la queja a donde el Padre Billini y bajar éste de sus habitaciones y ordenar que todos fuéramos a la hortaliza todo fué una. Uno a uno fuimos metiendo el pié en las huellas dejadas en los canteros y cuando llegó su turno a mi hermano, quien expresamente se quedó para último, su pié entró en la huella como hubiera entrado en uno de los zapatos que usaba.

Dos pezcozones y diez dias con sus noches en el calabozo sellaron la hazaña de este valiente.

II

En el año 1916 que tuve el honor de ser su subalterno pude darme cuenta que uno de los hombres que mas limosnas daba en esa época era don Pipí Troncoso. En el trayecto de su casa a la oficina lo detenían más de diez o doce personas a quienes les daba su limosna sin que su mano izquierda supiera lo que hizo la derecha y en el vestíbulo de la oficina siempre lo aguardaban cuatro o seis.

En una ocasión, desempeñando yo las funciones de Intérprete Judicial me llamó a su oficina para requerirme la traducción de unos documentos.

En ese momento subieron un señor Santana, desyerbador de oficio, quien el sábado cambiaba la mocha de trabajo por el macuto del pordiosero, otro de apellido Cabral, quien por su ferviente amor a Baco, llegó a la condi-

El mensaje en cuestión fué entregado a su destinatario inmediatamente y éste, tan pronto como lo leyó, se dirigió a la oficina del teléfono y encarándose al empleado que estaba de servicio le dijo: "Muchacho, vamos a ver quien es este Tomás, porque con toda su virilidad lo voy a meter en la cárcel por insensato".

El empleado de servicio, queriendo evitarle un dolor de cabeza al tal Tomás, localizó la estación telefónica del Seibo y le pidió la rectificación de dicho mensaje. La rectificación no se hizo esperar; lo que había escrito el expedidor fué: "Lo más viril y sensato de la juventud seibana patrocina su candidatura"...

V

Todos los dominicanos saben que don Rolando Martínez es una persona prestante, no solo en la ciudad de San Pedro de Macoris donde reside desde hace largo tiempo, sino en la República entera; que reducirle a prisión en los tiempos en que las persecuciones políticas se hacían "por la pinta" o "por sospecha" hubiera sido un acontecimiento y con mayor razón si del Gobierno que acometiera tal empresa formaba parte de su hermano don Ricardo.

Era el año 1903. Las maquinaciones para derrocar el Gobierno del General Alejandro Wos y Gil habían comenzado con gran actividad en la ciudad de San Pedro de Macoris, razón que indujo al Licdo. Quiterio Berroa y Canelo. Gobernador Civil y Militar de la Provincia, á reducir a prisión a todos los "sospechosos".

Una tarde, mientras don Ricardo cumplía sus deberes de Interventor de la Aduana del Puerto de Santo Domingo, le sorprendió un telegrama concebido en estos términos: "Ricardo Martínez. Santo Domingo. Yo entero preso. Rolando".

¿Cómo? ¿Rolando preso? —exclamó asombrado don Ricardo— si Rolando no es político y si lo fuera no es este

IV

En la época en que para ser telegrafista no bastaba saber hacer puntos y rayas sino tener el valor suficiente para cooperar, arma al brazo, a la defensa de la plaza donde se desempeñaba el cargo se cometían errores en la recepción de telefonemas y ocurrían cosas que nadie ha dado a la publicidad y que yo, con el solo propósito de proporcionar un rato de solaz a quienes me lean, las doy a las columnas de la prensa.

Cuando ocurrió lo que voy a referir, los Pina (Plinio y Teódulo) los Saladín (Lino y Román) los Cambier, Vila Morel, Delmonte, Nivar, Luque, Winter, el que éstas líneas escribe y otros, capitaneados por Troncoso, formaban aquel grupo de telegrafistas que por su valor, competencia, lealtad y discreción mereció el título de la "guardia vieja".

Estábamos en las postrimerías del año 1903. Los Partidos horacista y Jimenista, unidos, acababan de derrocar al Gobierno presidido por el Gral. Alejandro Woss y Gil.

Normalizada, en parte, la situación política, los partidos que unidos la víspera habían ido al triunfo se separaron para postular, separadamente, el candidato de su simpatías. Así vimos que los horacistas lanzaron al palenque eleccionario los nombres de Carlos F. Morales, y Ramón Cáceres, para Presidente y Vice-presidente de la República, respectivamente, y los Jimenistas, para iguales cargos el de Don Juan Isidro Jiménez y del Gral. Miguel Andrés Pichardo, (Guelito).

Como era costumbre cualquier adepto se dirigía a su candidato para darle noticias del curso de los trabajos eleccionarios o ratificarle su fe en el triunfo. De ahí que el Gral. Pichardo recibiera, desde el Seybo, un mensaje telefónico que en la estación de Santo Domingo fué recibido así: "Tomás viril insensato, joven juventud seybana patrocina su candidatura".

Un empleado de poco o ningún sentido común, quien escribió Yo cuando le trasmitieron LAO y por consonancia de CESTERO con ENTERO recibió esta última palabra, cometió un error que hizo época en los anales del Telégramo Nacional.

VI

La República entera se debatía en aquella sangrienta contienda que la historia ha llamado "la revolución de la desunión". No había un solo rincón del territorio nacional en donde no se estuvieran matando hermanos contra hermanos.

La Ciudad de Santo Domingo, sitiada por los Jimenistas, y defendida por la juventud horacista de la Capital y parte del Cibao al mando de Agustín Aristy, Tulio M. Cestero, Horacio Lamarche, Demetrio García, Francisco Espaillat de la Mota y otros era el único baluarte del Gobierno Provisional presidido por Carlos F. Morales L.

Los sueldos consignados en la ley de Presupuesto no eran pagados porque las escasas entradas con que contaba el Estado se invertían en pagar a algunos que, arma al brazo, sostenían el Gobierno. Por esa razón fué resuelto que a los telegrafistas quienes, a falta de líneas con que trabajar, ocupaban puesto en fuertes o trincheras, se les pagaran sus sueldos en forma de raciones y al efecto se les ordenó formular una hoja de pago, diariamente, para que fuera presentada a la Administración de Hacienda.

La situación económica del Gobierno era todos los días más estrecha y, frecuentemente, se daba el caso de que a las ocho de la noche no se habían pagado las raciones del día a los que valientemente servían en las trincheras.

Llegó el día en que los telegrafistas tenían ocho hojas de sueldos pendientes de pago por lo que Troncoso, Jefe

el Gobierno que debe reducirlo a prisión pues él es mi hermano, é inmediatamente comenzó a averiguar la verdad de la noticia.

Fatalmente, para el éxito de las gestiones de Don Ricardo en favor de su hermano, las líneas telegráficas de la Compañía francesa y la del teléfono nacional, únicas vías de comunicación rápida con San Pedro de Macorís entonces, se habían interrumpido dando ello lugar a los más exajerados comentarios y a las más inverosímiles creencias; que el Gobernador de San Pedro de Macorís, traicionando la confianza depositada en él, se había alzado en armas contra el orden de cosas legalmente constituído, opinaban unos; que los horacistas encabezados por uno de los líderes del lugar habían asaltado la Comandancia de armas y la Gobernación, afirmaban otros; y hubo hasta quien, pesimista, razonó de esta suerte: cuando don Rolando avisa que está "entero" es lógico suponer que sus compañeros de prisión a esta hora están descuartizados. . .

Perdida toda esperanza de comunicarse por telégrafo o teléfono con San Pedro de Macorís se resolvió ir al teatro de los acontecimientos en actitud bélica y al efecto se ordenó al comandante militar de Santo Domingo preparar dos compañías del Batallón "Ozama" para que embarcaran rumbo a aquella plaza, al día siguiente, en el crucero "Independencia".

Listos ya los militares y las calderas del crucero a todo vapor se le ocurrió a don Ricardo antes de embarcar, ir a la oficina del teléfono nacional a que le informaran si la línea telefónica había sido restablecida y habiendo sido informado afirmativamente hizo que pidieran la repetición del mensaje que tanto dolor de cabeza le había producido desde la víspera, y éste, asómbrate lector!, fué repetido así:

"Ricardo Martínez. Santo Domingo. Lao Cestero preso. Rolando".

Había muerto un nieto de María Vicenta Pabilo; el velorio de éste discurría dentro de la mayor frialdad entre bostezos y cabeceos de los soñolientos asistentes, mientras no llegó Miguel Pérez. La llegada de éste fué celebrada con manifestaciones de alegría y discretas exclamaciones: llegó Miguel Pérez, dijo una morena de ojos negros; se arregló la cosa, exclamó una jovencita de ojos azules; y María Vicenta que le conocía, dijo: llegó Miguel Pérez. Dios quiera...

Todos los asistentes al velorio, muchachas del barrio en su mayoría, rodearon a Don Miguel y unas le pidieron que les contara cuentos y otras que les echara adivinanzas, decidiéndose éste por lo último.

La adivinanza fué echada, y como era aparente, por su texto, que la solución fuera el nombre de un pájaro, cada una dió su opinión; unas opinaron que sería la paloma, otras que la tórtola y la mayoría afirmaba que el guaraguao.

María Vicenta Pabilo que estaba en la cocina ocupada en salcochar un queso de bola para con pan de Martín Puche y café tostado y majado en un pilón por ella misma, obsequiar a quienes le acompañaban, oyó las diversas opiniones y segura de que se trataba de una de las cosas de Don Miguel se dirigió a la sala, y en presencia de lo que podríamos llamar el auditorio, le dijo:

Miguel, repíteme la adivinanza.

Este no se hizo esperar y complació a su interlocutora.

Oye Miguel —dijo María Vicenta— ese es el guacamayo; pero lárgate de aquí ahora mismo...

VIII

De mis condiscípulos del extinto Colegio "San Luis Gonzaga" a ninguno estimé tanto como a Francisco Henríquez Aybar, a quien, no sé por qué lo apellidaban Ron-

BIBLIOTECA NACIONAL - SANTO DOMINGO, R. D.

de la Oficina, se dirigió a Don Enrique Pou, entonces Ministro de Hacienda, y le dijo.

—Don Enrique, con la de hoy, los telegrafistas tendrán ocho hojas.

A lo cual respondió don Enrique con la mayor sangre fría:

—Ay Troncoso! No te preocupes porque los telegrafistas tengan ocho hojas que más hojas tienen los laureles del Parque "Colón".

VII

Hace cuarenta años nadie, en la ciudad de Santo Domingo, tenía mayor prestigio entre la clase media que don Miguel Pérez. Su pulcritud en el vestir, el gusto que ponía en la elección de los colores de su indumentaria, sus finos modales y su temperamento alegre hacían de él un perfecto **dandy**.

No habia fiesta de barrio, baile o bautizo al cual no fuera Don Miguel invitado de honor y cuando no lo era el fracaso de la fiesta era cosa segura. Eso mismo acontecía con los velorios, mortuorios o "último rezado", con la diferencia de que a esta clase de actos asistía él sin que nadie lo invitara, unas veces a prestar servicios materiales, y otras a acompañar a los deudos del finado "en su doloroso trance".

En aquellos tiempos lo más difícil era enterrar un muerto. Aquel que pasaba a mejor vida después de las diez de la mañana tenía que ser enterrado al día siguiente pues como no habían agencias funerarias era necesario hacer el ataúd, labor en la que se invertían algunas horas, razón por la cual el difunto era velado durante la noche por sus familiares y amigos entre cuentos, adivinanzas y juegos de **baquiní**.

Un día el maestro perdió la paciencia y tirando de las orejas de Aráujo, le dijo:

Por Dios, señor Aráujo! C-a ca-s-a-sa—Casa!

I Aráujo entre sollozos, respondió: Ay Maetro, e que meturao no puedo.

IX

Casi todos los habitantes de la ciudad de Santo Domingo, hoy ciudad Trujillo, conocieron a Damián Báez Lavastida. Damiansito; como le decían todos sus amigos, era, por atavismo, inteligente, bondadoso y desprendido. Su barba puntiaguda y acerada, la limpieza de su traje y la sonrisa que tenía para todos hacían de él un hombre distinguido.

Partidario de la teoría —errada— de que "la moneda se hizo redonda para que ruede", botaba el dinero a manos llenas; y sostenedor del principio "la necesidad no reconoce interés crecido", tomaba dinero al tipo de interés que se lo prestaran aunque el día del vencimiento de la obligación suscrita por tal concepto tuviera que vender, a precio vil, cualquier prenda de su propiedad.

Un sábado, día en que según él "había que trabajar con el cuchillo grande", pues era necesario conseguir dinero para atender a las necesidades de domingo y lunes, pagarle al chino, al limpiabotas y reservar algo para cualquier emergencia, cedió a **Maito** dos meses del alquiler de la casa que, a título de inquilino, ocupaba Panchito Martínez.

Panchito Martínez, revolucionario contra Victoria, gobernante entonces, dió con su pobre humanidad en la Torre del Homenaje y es claro que no pudo pagar ninguno de los meses de alquiler que su casero había comprometido.

Cuando la deuda se hizo exigible, **Maito**, con su caballerosidad habitual, pero insistentemente, requería de Da-

dón. Nuestra amistad, cultivada desde el año 1888, jamás ha tenido eclipse. Cada vez que nos encontrábamos, cosa que ocurría con frecuencia, el rato que pasábamos era tan agradable como los que pasábamos cuando éramos colegiales.

Rondón, o Francisco, como le llamaban sus amigos, se debía todo a su familia y en beneficio de ella laboró en todos los campos, de ahí que en sus mocedades fuera clérigo, músico y tipógrafo, más tarde maestro de escuela y por último desempeñó el cargo de Alguacil de estrados del más alto Tribunal de la República: la Suprema Corte de Justicia.

Seducido por los buenos sueldos que pagaba el Estado a los maestros de escuela en aquella época de abundancia que llaman la "danza de los millones" solicitó y obtuvo, después de brillante examen, el cargo de Director de la escuela rudimentaria de varones de Bayona, sección de la extinta común de Santo Domingo, distante a doce kilómetros de la cabecera de Provincia.

La llegada del maestro a la aldea donde debía ejercer su ministerio fué celebrada jubilosamente por los padres de familia quienes vieron en la llegada del moderno Pestalozzi la salvación de sus hijos y por las muchachas porque entendían que la llegada de Francisco pondría solución de continuidad a su soltería, ya rayana en jamonismo.

La población escolar del lugar se componía de muchachos de todos los matices, descollando entre todos, por su brutalidad uno de apellido Aráujo, un moreno de pómulos salientes y nariz regada más bruto que la pata de un mulo. No había manera de que el maestro, en la clase de canto, le hiciera decir: "entra el alba silenciosa etc". pues Aráujo se empeñaba en decir: "Dentra el arba silenciosa".

En la clase de lectura siempre se oía la voz de Aráujo silabeando: "c-a-ca-a...c-a-ca-s-a-sa... y no era posible que el paciente maestro consiguiera que éste leyera la palabra que había silabeado.

pondencia que pudiera ser enviada de afuera y se les prohibia tener en la celda cuchillos,, cortaplumas, navajas y cualquier otro utensilio que, a juicio de esas mismas autoridades, pudiera ser utilizado en un momento dado, como arma fratricida, y ay! del carcelero que por complacencia o descuido dejara introducir en dichas celdas cualquiera de los útiles prohibidos.

Cansados los detenidos politicos de soportar los excesos del carcelero invitaron a Bernardo a asistir a la revista de presos que en virtud de la ley de Organización Judicial, vigente entonces, debian celebrar la Suprema Corte de Justicia y demás Tribunales el día 22 de Diciembre. Bernardo aceptó la invitación pero a condición de que fuera él quien hablara a nombre de todos.

Llegó el dia 22 de Diciembre. La Suprema Corte de Justicia, la Corte de Apelación del Departamento, Tribunales inferiores y oficiales ministeriales, después de recibir los honores que les tributara el Batallón "Ozama" que en correcta formación, estaba a la entrada de la Fortaleza, se instalaron en el edificio donde estaban las oficinas de la Comandancia de Armas para dar comienzo a la revista.

Uno a uno fueron desfilando ante el Tribunal los presos exponiendo sus agravios contra el carcelero, hasta llegar su turno a los politicos.

Bernardo Pichardo con la facilidad de palabra que siempre le distinguió, se expresó así:

—Magistrados:—A no ser por que estamos huérfanos del amor de nuestras esposas, del cariño de nuestros hijos y del calor de nuestros hogares, la libertad de que estamos privados sería para nosotros cosa sin importancia, gracias todo ello a la gentileza del caballero que en buena hora desempeña el cargo de carcelero. Escribimos a nuestras familias hasta tres veces al día, tenemos en nuestras celdas toda clase de utensilios para nuestro uso, juegos de dominó y de barajas y, para quienes gusta tomar el aperitivo, no falta la botella del famoso ron Jacas ,todo ello, repito,

miansito el pago de la deuda que su inquilino no habia podido pagar. En la imposibilidad Damiansito de conseguir dinero para pagar la suma que con tanta insistencia le cobraban, resolvió visitar al Presidente de la República para ver si éste lo ayudaba a resolver el problema.

El anuncio de la visita de Damiansito, quien no se metía en política ni le interesaba ésta, fué una sorpresa para el Presidente quien ordenó que le condujeran a su Despacho inmediatamente.

Después de los saludos de estilo el Presidente dijo:

—¿En qué puedo servirte, Damián?

—Vengo a pedirle que ponga en libertad a Panchito Martínez.

—Eso es imposible. Mientras yo gobierne ese hombre no saldrá de la cárcel! El enemigo más encarnizado que tiene mi Gobierno es él. Mis agentes secretos me tienen al día de sus actividades revolucionarias. Hace algunos días, en cajas marcadas: "Manteca-Bodega San Isidro" fué encontrada una gran cantidad de carabinas y cápsulas que enviaba al Gral. José Amador. Pídeme otra cosa y te complaceré en el acto.

—Bien, Presidente —dijo Damiansito— si usted no puede soltar a Panchito complázcame metiendo a **Maito**...

X

Se encontraban detenidos por causas políticas, varias personas connotadas, entre ellas, el que fué mi buen amigo Bernardo Pichardo.

Las autoridades militares de la Fortaleza "Ozama", escarmentadas por el éxito del golpe revolucionario dado por los presos políticos y comunes el dia 23 de Marzo de 1903, extremaban la vigilancia sobre el presidio a tal grado que a todos los detenidos, y muy especialmente a los políticos, le registraban hasta la comida en busca de corres-

—Compadre, cree usted que debo aceptar eso?

Don Chiro, con la expresión gráfica que pone en todas sus exclamaciones, le respondió:

—Compadre, en las condiciones económicas que está usted debe aceptar, si se lo ofrecen, el cargo de Intérprete del Poder Ejectuivo aunque no conozca idioma alguno...

XII

Dirigia don José de Jesús Castro la Gaceta Oficial, periódico que se editaba en la imprenta de García Hermanos a la sazón que era el prensista del establecimiento Don Benito Cruzado, un señor de edad avanzada pero trabajador como un mozo de quince años.

El dia fijado para la salida del periódico estando el trabajo de composición de éste muy atrazado entró don José de Jesús a la imprenta a las ocho de la mañana a fin de activar la labor, una veces corrigiendo pruebas y otras suministrando material para completar la edición.

A las dos de la tarde, listo para entrar en prensa el periódico, se retiró don José a su casa a comer, no sin antes decirle a Don Benito:

—Me voy a comer. A mi regreso debe usted haber terminado la tirada y entonces procederemos a despachar los repartidores.

De nuevo en la imprenta don José, vió que don Benito habia impreso doscientos ejemplares, más o menos, y extrañado de ello le pidió explicaciones dándoselas, así:

Se rompió una punta de la cuarta plana; y hasta me alegro porque se habia ido una falta: decía **secuela** en vez de **escuela** y yo la corregí.

Pero don Benito —dijo don José— eso estaba bien así, es **secuela** como se dice.

debido al corazón magnánimo del caballero (señalando al carcelero) aquí presente. Hombres como este deben permanecer en el cargo que desempeñan por tiempo indefinido.

La revista terminó a las 12 m. los tribunales recibieron de nuevo los honores del Batallón "Ozama" y los presos volvieron a la soledad de su celda.

A las tres de la tarde de ese mismo día el carcelero, con todos sus corotos en la mano, se acercaba a la celda de los políticos y llamando a Bernardo, le dijo:

—Don Bernardo, ni porque usted habló tan bien de mí esta mañana; me acaban de botar...

XI

Quizás uno de los hombres que más amigos tiene es mi muy querido compadre Don Chiro Bonetti, y ello se explica, es un hombre que para todos tiene siempre una sonrisa y a la hora de servir a cualquiera lo hace cuando nó con su dinero, con su persona o con su consejo.

Entre los muchos compadres que también tiene, hay uno, músico de profesión, pusilánime como el que más y honrado a carta cabal; quizás si su permanente pésima situación económica se debe a una de estas dos cualidades.

En los días en que Morales, por impaciencia tal vez, abandonó la ciudad clandestinamente para, perseguido por sus amigos de la víspera, caer de la loma la "Presidenta" fracturándose una pierna, recibió Geraldo el nombramiento de celador de la Aduana del Puerto de Santo Domingo.

Antes de aceptar el cargo que le confiaban, en momentos en que hombres conocedores de la política vernácula no sabían "a que carta jugar", pidió le aguardaran un día siquiera para consultar a su compadre don Chiro si aceptaba o no.

Muy temprano, al día siguiente, recibió don Chiro la visita de su compadre quien, como llevando una braza de candela en la mano, le mostró el nombramiento y le dijo:

boste condenaba a cualquier ciudadano a noventa o más años de presidio "el patriotismo vigilante rugía de indignación" si los **petrole** como le llamaba el pueblo a los militares que hacían servicio de patrulla, detenían a cualquier persona "los manes de nuestros libertadores protestaban desde ultratumba" y si sacaban los presos a trabajar a la calle "el patriotismo se sublevaba".

Cuando todas esas cosas sucedían llegó al puerto de esta ciudad un vapor conduciendo a un americano de nombre Berstein, empresario de un circo, al cual, por las muchas diversiones que traía, le llamaron "Coney Island".

El señor Berstein, buen amigo del Preboste Kingsbury, hizo una visita a éste y media hora después casi todos los presos y el material rodante de las fuerzas de ocupación destacadas en la Fortaleza "Ozama" se dirigieron al muelle para acarrear, hasta el Parque Duarte, la utilería del circo.

La protesta fué casi unánime, en ninguna parte se hablaba de otra cosa sino "del abuso cometido por el Preboste"; hasta que una noche, en el Parque "Colón", oyó Catrain las protestas de un grupo el cual le obligó a dar su opinión sobre el particular, y se expresó así:

—Señores, todo eso es cuestión de afecto. Kingsbury lo que ha hecho es servirle a su amigo, sin reservas. Imagínense ustedes que yo fuera el Preboste de un Ejército dominicano que esté ocupando la Patagonia y que se me presente mi compadre Chirito Bonetti con un circo de fieras. Sin que me lo pida pongo a su disposición el presidio, los camiones y la música del Ejército y si un día no tiene carne para darle a las fieras le doy cuatro patagoneses para que se los eche a los leones.

XV

Una de las cosas más serias para un padre de familia, es el pago del alquiler de la casa, y con mayor razón si el

Y don Benito respondió: Nos..., embromamos. Mientras uno más vive más ve. Estos literatos todo lo revuelven, ya no se dice **escuela** ahora se dice **secuela.**

XIII

Había en esta ciudad un honorable señor, maestro de escuela de profesión, manso como un ovejo y tan inteligente que se sabía el diccionario de memoria. Quienes hablaban con él tenían que descifrar sus palabras pues al ser éstas de poco uso no eran conocidas por la generalidad.

Si necesitaba un cordoncito le decía a su esposa: Me das un bramantito? Si iba de paseo por el hoy Malecón "Presidente Billini" y veía niños jugando en la maleza; para advertirles el peligro de los ciempies, les decía: Niños, tened cuidado que en los muladales suelen siempre haber **esclopendras.**

Una mañana, mientras aguardaba a la puerta de su casa que pasara un campesino vendiendo víveres para comprarle la ración del día, atinó a pasar una mujer llevando del ronzal un burro cargado de comestibles, y dirigiéndose a ella, le preguntó:

—Señora, qué cabalgáis en la columna vertebral de ese jumento? Qué lleváis en esas albardas?

La mujer le miró asombrada de arriba abajo, y le respondió:

—Ná deso, marchante.

XIV

Nadie se alarma tanto como el dominicano cuando le hieren en sus fibras patrióticas.

Muchas pruebas de ello las tuvimos durante el bochornoso período de la intervención americana. Si el Pre-

al que no sabe", recogió en el barrio de San Carlos a un jovencito y lo entregó a los padres franciscanos para que sacaran de él algo bueno.

Cuatro meses de lucha continua del paciente Fray Venancio de Escija y demás profesores de la Escuela "La Divina Pastora" no bastaron para que el muchacho aprendiera el alfabeto por lo que, perdida toda esperanza, lo devolvieron a su protector en el mismo estado de adelanto que lo entregó.

Luis, con la dulzura de carácter que le distinguia, llamó al muchacho y le dijo:

—Oye mi hijo, cómo es posible que en cuatro meses tu no hayas aprendido ni siquiera el alfabeto?

Y el muchacho respondió:

—Ay! Don Luis, si todas fueran A...

XVII

En los tiempos en que por falta de un puerto adecuado los buques de gran calado tenian que anclar en el "Placer de los Estudios" el peligro mayor era desembarcar de cualquiera de estos buques. Afortunadamente que para contrarrestar ese peligro teníamos marinos tales como Vegigante, Benlli, Cuchi, Chimbi y otros que por su constitución hercúlea y el valor con que se enfrentaban a las furias del Caribe ostentaban el titulo de lobos de mar. Muchas fueron las personas que al pasar de la escala de un buque a un bote cayeron al agua siendo salvadas por uno de estos valientes.

Un día, en momentos en que un fuerte viento del Sur encrespaba el mar dió fondo en el "Placer de los Estudios", procedente de Puerto Rico, el vapor español "Ramón Herrera". El desembarco de los pasajeros que condujo comenzó a hacerse penosa y peligrosamente. Era necesario que un marino le diera la mano a éstos para ayudarlos a pasar al bote que había de conducirlos al muelle del "Ozama".

propietario de la que habita es de los que pertenecen al número de los exigentes.

Cuando se deja de pagar un mes, los que le siguen corren con una rapidez asombrosa y entonces el cacero pierde la paciencia, si la tiene, y se inicia el consiguiente procedimiento judicial, el cual culmina con una sentencia de desalojo por vía de referimiento.

En una ocasión, un honrado padre de familia se vió en esta clase de apuro, dando lugar a que se llevaran a cabo todos los procedimientos legales y una mañana, después de notificada la correspondiente sentencia, se presentó a su casa un Alguacil acompañado de dos testigos, á ejecutar ésta.

Desesperado se fué a la calle en busca de un refugio para su esposa e hijos y los cachibaches que se habian salvado de ir a la casa de compra-venta cuando se encontró con un amigo a quién le pintó su situación y le pidió su consejo.

El amigo, encogido de hombros, miró atento al desesperado padre de familia y después de un momento le dijo:

'Dime, y porqué no compras esa casita para que te evites todas esas molestias?"...

XVI

El Licdo. Luis C. del Castillo fué un bueno en toda la extensión del vocable. Ejercia el bien por el bien mismo y nunca su mano izquierda sabia lo que hacía la derecha.

Por su temperamento de maestro su conversación, con quien quiera que la sostuviera, era una verdadera cátedra. Cuántas enseñanzas derivé yo del contacto que tuve con él durante el tiempo que fué Diputado al Congreso Nacional por la Provincia de Santo Domingo!...

Guiado por su temperamento y cumpliendo con uno de los mandamientos de nuestro señor Jesucristo: "enseñar

mó para que que le certificara, por escrito, que por su mediación él había realizado dichas operaciones; pero Pepe que había leído los reglamentos dictados por la Comisión, temeroso de incurrir en los hechos penados por ellos, presentó ambos codos a su peticionario y le dijo:

—Señor, la Comisión podrá castigarme por haber escrito; pero porqué escriba? Míreme, soy el manco de Lepanto...!

XIX

El haitiano Lebrel Perelló fué el delincuente más inteligente y simpático que compareció por ante los Estrados del Juzgado de Primera Instancia del Distrito Judicial de Santo Domingo hacen treinta años.

Su especialidad en la delincuencia era vender, como buenas, prendas falsas que compraba en la tienda "La Gloria" de Nene Alvarez, establecida en esta ciudad. La policía estaba tan seguro de ello, que cuando alguien se quejaba de que fué timado en esa forma requería la presencia de Lebrel, y éste sin que lo forzaran, confesaba el hecho con todos sus detalles.

Reincidente por la milésima vez, tocó al Honorable Magistrado don Rafael Rodríguez Montaño, Juez de Primera Instancia, condenarlo a dos años de prisión correccional. Como era su costumbre, don Rafael, después de leída la sentencia, exhortó al acusado a tomar el camino del bien convirtiéndose así en un ciudadano útil a su patria y a sus semejantes.

Lebrel oyó atento la adminición del Juez, diciéndole cuando éste terminó:

—Magistrado todo eso está muy bueno; pero a quien usted debe condenar a veinte años es al que me vende las prendas y no cometer conmigo esta injusticia...

Cuando se estaba en esa peligrosa operación tocó su turno a una virtuosa hermana de la Caridad y al serle ofrecida la mano por Benlli, quien estaba al pie de la escala del buque, ella, cruzando los brazos le dijo:

—No, el señor no me lo permite; y prefirió saltar al bote, con tan mala suerte, que cayó al agua. Benlli, con el valor y gentileza que distingue a estos humildes hombres, se arrojó al mar salvando a la sierva del Señor de una muerte segura.

La impresión de la monja fué tan grande que ya en el bote creía que aún estaba dentro del agua y en un acceso nervioso pretendió abrazar a Benlli; pero éste, retirándose, cruzó los brazos y le dijo:

—No. Mi señora no me lo permite...

XVIII

Es un hecho conocido en toda la República que hasta el año 1916 las especies timbradas denominadas papel sellado y estampillas se vendieron a precios ruinosos y que los reconocimientos de deudas contra el Estado fueron expedidos hasta en cuadruplicado y luego vendidos con escandalosos descuentos

Como nadie pensó que sería bajo un gobierno extraño que se liquidarían esas cuentas ningún comprador de especies o especulador en reconocimientos se cuidó de hacer estas operaciones correctamente y que cada un reconocimiento fuera endosado por su beneficiario.

Solo cuando el Gobierno Militar por su orden Ejecutiva, Nº 65 creó la Comisión Dominicana de reclamaciones, fué cuando los especuladores quisieron darle forma legal a las operaciones que, a un tipo de interés usurario, habían realizado.

Como Pepe Villalón había vendido a un señor de esta Capital una gran cantidad de reconocimientos éste lo lla-

Corría el año 1901. La llamada revolución reivindicadora encabezada por el General Horacio Vazquez contra el Gobierno de Don Juan Isidro Jiménez dominaba el país. De esta ciudad habían salido a engrosar sus filas muchas personas distinguidas, entre ellos, médicos, abogados y dentistas.

El General Casimiro Cordero ocupaba la población de Baní acompañado por un grupo entre los cuales estaba un reputado médico. Una noche, mientras éste cenaba, llevaron a su presencia a un hombre sufriendo fuertes dolores de reumatismo en un brazo, tan fuertes, que apenas si podía moverse.

El doctor no se hizo esperar y como si se tratara de su mejor cliente lo examinó minuciosamente y le hizo un millón de preguntas después de lo cual extendió una receta y, al entregársela, le dijo: Frótese con esto y pronto estará usted bien.

Dos meses después se presentó el mismo hombre donde Don Marino Miniño y mostrándole un pedacito de papel, resto de la receta que le hizo el médico, le dijo:

—Don Marino, hágame un papelito igual al que me hizo el otro doctor porque éste, con lo mucho que me he fletao, se me está acabando y quiero curarme de una vez...

XXII

Para un Juez de lo Penal la tarea más árdua es conocer del proceso que se le siga a un campesino o a un haitiano. Todos sus esfuerzos en el sentido de aclarar los hechos se estrellan, casi siempre, contra el mutismo, interesado muchas veces, de los testigos o del acusado.

Conocía un abogado notable, en su condición de Juez de Primera Instancia del Distrito Judicial de Puerto Plata, de la causa que se le seguía a un haitiano prevenido del crimen de homicidio voluntario. Tres laboriosas audiencias

XX

Con la derrota sufrida el 16 de Febrero del año 1904 por la revolución jimenista que redujo a los horacistas a la ciudad de Santo Domingo, se inició una era de persecuciones contra los vencidos en esa revolución.

Una señal cualquiera, un ademán inoportuno o una palabra dicha por un jimenista y mal oída por uno cualquiera de los adeptos al régimen imperante implicaba la cárcel o la expulsión.

Cuando "echaban cavalonga", frase que significaba hacer prisiones "por la pinta", los primeros en ser conducidos a la Torre del Homenaje eran Firo y Julio Pichardo, Boro, Teté y Patricio Suazo, Peguerito y Toñé Levanto.

Un dia, Don Patricio Suazo, cuya adhesión politica a Don Juan Isidro Jiménez corria parejas con su devoción por Jesús Nazareno, tenía que pagar un dinero a un correligionario y no pudiendo hacerlo a la hora ofrecida se excusó con éste diciéndole, de una acera a otra, en la calle del "Conde":

—Oyé, todo ha sido aplazado, hasta la dos no hay golpe!

Estas palabras, dichas con la sola intención de librarse de las molestias de un **Inglés**, llevaron a Don Patricio a la cárcel por tres meses.

XXI

Casi todos los médicos usan, cuando asisten a un enfermo, una terminología que se presta a errores o a comentarios que causan hilaridad. Después que un médico examina a un paciente, al entregarle la receta, le dice: "tome esto y quedará usted curado en poco tiempo" ó "fróte-se con esto y el dolor desaparecerá";

dos a "la gente de allá abajo", como llamaban a las personas residentes en esta Capital.

Una mañana al abrir la puerta de su casa un buen señor de la calle del "Perdón", hoy "Trinitaria", encontró que le habían puesto en el quicio de ésta "algo redondo, blando amarillo y mal oliente". Su indignación no tuvo límites y su cólera subió a tal grado que muchos de sus vecinos al darse cuenta de lo ocurrido hicieron rueda al objeto que motivaba la indignación de su vecino a hacer, cada uno, el consiguiente comentario; unos afirmaban que eso era cosa de 'gente de allá abajo'.

Cuando los vecinos estaban en esos comentarios apareció por la esquina próxima, Carrasquito, uno de los pocos policías que había en la aldea, quién fué llamado a presenciar el hecho y a quien cada uno de los presentes dió su opinión.

Carrasquito poniéndose la mano en la mejilla y después de mirar fijamente el objeto que motivaba tanta protesta, dijo en tono doctoral:

—"¡Caballeros, yo les voy a decir una cosa; esa... barbaridad no es de gente de San Carlos...!"

XXIV

Al decir de muchos médicos los peores enemigos de la profesión y, por ende de la humanidad, son los curanderos que hay en toda la República y muy especialmente en la región del Cibao.

Más de una vez ha sido sustituído, en la cabecera de un enfermo, un reputado facultativo por un curandero, quien, después de mandar al paciente a la eternidad con sus brevajes, ha consolado a los familiares diciéndoles que el enfermo se murió porque "no le convenía seguir viviendo".

durante las cuales fueron interrogados numerosos testigos de nada valieron para aclarar la verdad. El interrogatorio del acusado nada aportaba a la buena administración de justicia, pues éste solamente, y con gran dificultad, respondía a las preguntas del Juez con monosílabos, unas veces; y con negativas, casi siempre.

Don Fidelio, perdida la paciencia por la lucha que sostenía con un hombre que, por la vaguedad de las declaraciones de los testigos y su obstinada negativa podría ser absuelto por falta de pruebas, no obstante ser el autor del hecho, se valió de un recurso y dijo en voz baja:

—"Me va a costar condenar este hombre a veinte años!. . ."

El acusado, que oyó las palabras del Juez, se puso en pie con la rapidez del rayo, y dijo:

—"¡Espérate Fidelio, que yo te va a contá tó!"

El haitiano relató el crimen que había cometido, con todas sus circunstancias y la vindicta pública quedó satisfecha, pues fué condenado a VEINTE AÑOS DE TRABAJOS PUBLICOS!

XXIII

Hacen treinta años, más o menos, que el hoy simpático barrio de San Carlos era una común de la Provincia de Santo Domingo.

La pobreza de su Ayuntamiento no le permitía atender a los servicios públicos como era necesario; de ahí que mantuviera un deficiente alumbrado público de petróleo que apagaba el campanero después del toque de queda. A partir de ese momento la población quedaba en la más completa oscuridad, la cual permitía que a su amparo se cometieran algunos hechos delictuosos y muchos actos reprobables e inmorales los que, casi siempre, eran imputa-

das y la fantasía popular hacía los más extraños diagnósticos.

Lo cierto era que el Presidente estaba grave y que se hacía necesario llevarlo fuera del territorio nacional para que un especialista en la enfermedad que le aquejaba lo asistiera.

Resuelto su traslado, la noticia circuló por toda la República con la velocidad del rayo y la Mansión Presidencial pronto se vió invadida por gentes de todas las categorías. Uno de ellos en medio de toda aquella gran cantidad de amigos no se atrevía, por discreción, a preguntar cual había sido el país elegido para llevar al Presidente hasta que habiéndose encontrado a solas con uno de los Secretarios de Estado, le preguntó:

—Y a dónde llevan a Don Horacio?

Y éste, con una exagerada pronunciación sajona, le respondió:

—A Bózimo!...

A Bólzimo?, se preguntó el amigo, intrigado. Y dónde queda ese país, que yo nunca había oído nombrar...? Este debe quedar más allá de Cochinchina! De todos modos, Dios salve al Presidente!...

No queriendo retirarse de allí sin estar convencido de a dónde llevaban a Don Horacio, se dirigió a Don Luis Ginebra, Secretario de la Presidencia, a quien le hizo la misma pregunta, y éste le respondió:

—A Bátimor!

Y el amigo, como quien dejara caer de sus espaldas un pesado fardo, exclamó:

—Acabáramos! A Baltimóre...

XXVI

Estábamos en los comienzos del año 1907. En la sección de los Higüeros, jurisdicción de la común de Cotuy,

En el Cibao hay gente que tiene fe ciega en estos enemigos de la humanidad; pero ello, está en cierto modo justificado por este caso:

Una mañana estaba en su consultorio un reputado médico de Santiago cuando llevaron a su presencia un hombre en una camilla. Su palidez era la de un cadáver y su peso apenas si alcanzaba a cincuenta libras. La esposa del enfermo, quien acompañaba a los que cargaban la camilla, explicó al Doctor el proceso de la enfermedad de su marido, explicación que le permitió diagnosticar anemia progresiva.

Reposo absoluto, un tónico reconstituyente e inyecciones reconfortantes fué la indicación del médico y el enfermo fué conducido de nuevo a su casa.

Un tiempo después, estando el Doctor a la puerta de su casa vió llegar, "caballero en brioso corcel", a un hombre más robusto que un boxeador y con mejillas tan rojas como la de una dama elegante.

El ginete puso pie en tierra y dirigiéndose al Doctor le dijo:

Doitoi usted no me conoce?

—No tengo el gusto. Donde le he visto antes?

—Yo sor aquei que le trajién en una litera y que usted le dió una bebia y una indesione.

—Ah! ya recuerdo. Qué bien le fué con mi indicación!

—No, Dotoi, no fué su indicación; fué Joseito que me curó. Ese e la tusa de lo médico.

Y que te indicó Joseito?

—Curamatri, Dotoi, vea ei fraco...

XXV

Estábamos en las postrimerías del año 1929. La salud del General Horacio Vásquez era en extremo precaria, con respecto a ella circulaban las más exageradas propagan-

trariamente a lo que pensaban sus amigos, el cadáver fué trasladado a la casa del prestante caballero Don Samuel de Moya para ser puesto en capilla ardiente, velarlo durante la noche y darle sepultura al dia siguiente.

A la puerta de la casa mortuoria varios jóvenes discutían alrededor de si el cadáver podia ó nó aguantar hasta la hora del sepelio pues era lógico suponer que habiendo muerto el General Guayubín a consecuencia de quemaduras su cadáver se corrompería antes del amanecer. La discusión se hacía más larga y acalorada temiéndose que de las palabras se pasara a los hechos hasta que un señor de nombre Quiterio puso fin a ella diciendo:

—Señores, así como está el cadáver **aguanta** catorce años. Los que no aguantaremos dentro de dos horas somos nosotros pues ahoritica comienza a **jeder**...

XXVII

Al decir del que fué mi buen amigo Antonio Lluberes Guerra los dos inventos que mayores beneficios reportaron a la humanidad fueron la hamaca y el crédito. I no le faltaba razón; en el primero los que trabajan encuentran el cómodo **instrumento** en donde descansar de la faena diaria y con el segundo, muchos, hasta los mala paga, resuelven sus problemas.

En esta tierra de María Santísima hay quien vive cogiendo fiado todo el mes y el día que le pagan su sueldo ya como empleado del Gobierno o de comercio o recibe dinero por cualquier concepto, paga o no paga, y sigue viviendo...

En una ocasión un inteligente empleado público, quien era culpable de la quiebra de más de un ventorrillo, contrajo una deuda por concepto de carne con Leonardo del Castillo, un simpático tablajero español quien residió largos años en esta ciudad formando una familia honorable. Pa-

celebraban el bautizo del hijo menor del General Cirilo de los Santos Guayubín. La fiesta estaba prestigiada con la presencia de lo más connotado de la región, y muy especialmente por el elemento militar imperante entonces.

El acto discurría dentro del más perfecto orden y el entusiasmo no tenía límites; había para todos los gustos cantos rurales, anécdotas de combates librados por muchos de los Generales presentes y, por encima de todo, el humorismo de Quero Saviñón y de Nicolasito Pereyra hacía las delicias de la concurrencia.

De súbito una terrible explosión sobrecogió de espanto a todos los presentes mientras por el suelo rodaron, heridos de muerte, Luis Tejera, Quero Saviñón, Nicolasito Pereyra, el General Guayubín y el neófito. Con esta tragedia terminó la fiesta bautismal de quien, sabe Dios lo que iba a ser en el futuro...

El cadáver de Nicolasito Pereyra fué trasladado por sus familiares a su residencia de La Vega, Quero Saviñón y Luis Tejera fueron asistidos solícitamente y salvados de una muerte segura; pero el General Guayubín, quien desde ese momento, a consecuencia de la gravedad de sus quemaduras se consideró "un hombre perdido", se declaró en huelga de hambre sin que de nada valieran los consejos de sus familiares y amigos ni la asistencia de los más reputados facultativos del Cibao.

Muerto el General Guayubín sus amigos consideraron que la humilde iglesia de Cotuy no era la más adecuada para guardar las cenizas de aquel titán que asombró a la República con sus hazañas de valor arrancando más de una hoja al laurel de la victoria y, quien, según su propia confesión "mató mucha gente en revoluciones pero nunca **verbalmente**"... y al efecto resolvieron trasladar su cadáver a la cabecera de Provincia para sepultarlo en el cementerio municipal.

Un tren expreso llegó a la estación de La Vega al filo de las seis de la tarde conduciendo la triste carga y, con-

—Te ofrezco habichuelas pompadour fresquecitas y acabadas de llegar del Maniel. Cómpralas que están escasas y el precio va a aumentar.

—No quiero habichuelas —respondió el pulpero.

Por segunda vez se dirigió al mismo y le dijo:

Mira, manteca de chicharrón marca "Cochinito", mi mandante tiene necesidad de dinero y la ofrece con un diez por ciento menos del costo.

—No estoy interesado en manteca, fué la respuesta.

Cansado de proponerle negocio sin éxito se acercó a él y por última vez le dijo en voz baja:

Hoy haremos negocio. Te ofrezco morocotas a diez y seis pesos y te doy facilidades para el pago: treinta días vista.

El pulpero se rascó la cabeza, lo miró fijamente y le dijo:

Tráeme diez esta tarde.

XXIX

Cuando la única vía de comunicación rápida que teníamos con la progresista y simpática ciudad de San Pedro de Macorís era la marítima; no obstante lo corto de ésta los viajeros "se preparaban", se despedían de amigos y familiares y "dejaban todas sus cosas arregladas" y al regreso los saludos, abrazos y apretones de manos se sucedían como si se regresara de Europa.

En la época en que esto acontecía desempeñaba un alto cargo en la Administración de Hacienda de aquella ciudad el entonces joven —ahora no es viejo— Arístides Bonetty.

Habiendo obtenido una licencia de sus superiores para trasladarse a esta ciudad acudió, el día de su llegada a la Contaduría General de Hacienda, como era de rigor, a hacer "acto de presencia" y a saludar a sus compañeros del

gando unas veces y dejando de pagar las más, la cuenta alcanzó a la respetable suma de **trescientos ochenta** pesos, suma que el deudor no pudo pagar teniendo que "dejar la calle", quizás para hacerle una cuenta igual a otro tablajero.

Algún tiempo después, cuando el deudor creía que su acreedor se había olvidado de que él le debía una suma tan importante se acercó a la casilla donde éste detallaba su carne y con cierto temor le preguntó:

—Leonardo, tienes sesos?

I Leonardo, anteponiendo a la respuesta una interjección muy usada por muchos españoles, le respondió:

—I cree usted que si yo tuviera sesos me debiera usted trescientos ochentas duros?

XXVIII

El problema más serio para un "cabeza de casa" que no tenga sueldo o base para la vida es cubrir los gastos más indispensables de su familia, de ahí que muchos lo consigan fajándole a sus amigos para "atender a urgentes necesidades del hogar" o en nombre de "una necesidad que no espera para luego" y a otros se les vea sudorosos luchando, con ese fin, honestamente en el campo de los negocios. A este último grupo pertenece Enrique García Rojas.

El Coronelito, como le dicen cariñosamente sus amigos, realiza toda clase de operaciones para llevar honradamente el sustento a los suyos y por eso interviene en negociaciones de sueldos, vende muebles, libros y todo otro artículo que sea objeto de comercio.

Un día pensó que siendo los artículos de primera necesidad de más fácil venta obtendría mayores y más rápidos beneficios y se dedicó a la venta de provisiones, y, armado de una muestra de habichuelas le abordó a un inabordable pulpero de Ciudad Nueva, de este modo:

Saludo de gran cariño
recibe en compensación
un adiós, en conclusión
y mi distinguido aprecio:
firmado: Abelardo Recio
amigo del corazón.

XXX

Hacen cuarenta años la ciudad de Santo Domingo era algo así como el Paraíso terrenal. La prueba de ello es que Enrique y Luis de Marchena, Luis Cohén y yo formábamos tertulias en la puerta de la tienda "La Canastilla", situada entonces en donde está hoy el edificio "La Favorita", sin que con ello molestáramos a nadie; que don Isidoro Bazil, Juan Salado, Fernando García, Pedro Pereyra y otros jugaran tablero en la acera del establecimiento del primero, situado entonces en la calle "El Conde" esquina a "José Reyes", sin interrumpir el tránsito, y que don Juan Arvelo durmiera la siesta sentado en la acera de su casa de la calle "El Conde", frente al Baluarte 27 de Febrero, sin que nadie perturbara su profundo sueño.

Para esa época, también los comerciantes eran tan serios en sus compromisos que para ellos el vencimiento de una obligación cualquiera era cosa sagrada; y eran tan unidos que se prestaban dinero, recíprocamente, sin más constancia que la palabra de haber recibido la suma prestada.

Entre esos comerciantes había uno que tenía un especialísimo sistema de contabilidad el cual consistía en tener un jarrito de hoja de lata para cada artículo que vendiera en el cual depositaba el producido de la venta de éste. Tan pronto como se agotaba la existencia de uno de dichos artículos el contenido era contado y la diferencia entre éste

ramo Don Amadeo Rodríguez, Agustín Calero, Toñito Ramírez y Don Abelardo Recio quien, en el antiguo sistema de contabilidad, era una potencia en aquello de residen ciar oficinas y centralizar cuentas.

Arístides estaba elegantemente vestido de dril blanco de superior calidad y después de los saludos de estilo se le acercó don Abelardo y tomándole la solapa del gabán le dijo:

—Dime, a como venden este dril en Macorís?

—A ochenta centavos la yarda —respondió Arístides.

—Mándame ocho yardas, repuso don Abelardo.

Arístides, con la gentileza atávica en todos los de su apellido cumplió el encargo de su compañero enviando la tela, acompañada de una tarjeta redactada en estos o parecidos términos:

"Don Abelardo:— Con el capitán del "Estrella" le envío el dril que usted me encargara así como un memorándum por seis cuarenta que es el valor de este.— Suyo: Arístides".

Don Abelardo mandó inmediatamente al Mensajero de la oficina en busca del dril anunciado, el cual fué de su agrado y acusó recibo del mismo con esta simpática misiva:

Estimado Arístides.

Con tu carta y con tu cuenta
yo mi encargo he recibido
y quedo bien advertido
que te debo seis cuarenta.

Esta partida se asienta
en mis libros en tu Haber;
pero cuenta has de tener
que si el pago se demora
es porque el problema ahora
no se puede resolver.

A lo que respondió el principal:

Ah!... esos diez pesos los tomé yo de ahí para que en casa pagaran la clase de piano.

Entonces el contable le dijo, respetuosamente:

Bien —señor— cuando usted necesite dinero pídamelo y si yo no estoy presente y lo toma de la caja yo le suplico poner un vale que represente el valor tomado.

—Mire don Tomás— lo mejor es que usted y yo dejemos esto pues todo lo que hay aquí es mío y yo no tengo que pedírselo a nadie, le respondió friamente el comerciante.

XXXI

Durante mis correrías como Agente-vendedor conocí la República por sus cuatro puntos cardinales; pero en ninguna parte permanecí más tiempo ni pasé mejores ratos que en la Vega Real; y ello era porque allí estaban Quin Gómez, amigo sincero cuyo plumaje cruzó el pantano sin mancharse en 1915; Federico García Godoy, a quien la altura no le produce mareos; Julio Espaillat de la Mota, de cuyo afecto estoy seguro; Juan José Sánchez, amigo con quien capié varias situaciones difíciles en tiempos que ya la historia se tragó y Olimpio Martínez y Panchito Benliza, amigos de la infancia.

El vegano es gentil por temperamento, hospitalario por idiosincracia y tan enamorado como el que más. Esta última cualidad está probada por la siguiente historieta:

Había allí un joven, vegano a carta cabal, que era algo así como el **Dominum Vobiscum** entre las muchachas casaderas, el Conde Danilo de la galantería; de él se decía que era tan afortunado en el amor que era muy difícil que aquella joven a quien él "le metiera el punto" no cayera rendida entre sus redes. Cuántas veces no se vió, por ello,

y el costo del artículo era depositado en un jarro grande que decía: "ganancias".

Un día, un amigo de este comerciante que vió tan complicado sistema le aconsejó utilizar los servicios de un tenedor de libros que llevara las cosas como Dios manda y el comerciante, aceptando el consejo de su amigo solicitó y obtuvo los servicios de Don Tomás Ramírez, un honrado contable puertorriqueño que vivió largos años en este país. Don Tomás, al tomar posesión de su cargo, requirió los libros necesarios, requerimiento que no se hizo esperar.

Cuando el contable estaba abriendo éstos el comerciante vió en uno de ellos las palabras: "Debe", "Haber". Debe haber?, se preguntaba intrigado el comerciante; cómo es posible que esos libros digan debe haber cuando aquí, en realidad, hay y todo lo que hay es mío?

No pudiendo soportar la preocupación que le producían las palabras que antes había leído en los libros, se acercó al contable y le dijo: No me explico por qué ese libro dice debe haber cuando aquí, en realidad hay y todo lo que hay es mío. Yo quisiera que usted, antes de comenzar su trabajo y para que marchemos de acuerdo, me explicara el caso.

El contable le explicó, técnicamente, a su principal y éste quedó satisfecho.

Todo marchaba como miel sobre hojuelas hasta un día que al hacer el contable el tanteo semanal de caja notó una diferencia de diez pesos. Suma de aquí, revisa de allí, cuenta y recuenta el dinero y los diez pesos no aparecían hasta que el principal, viendo la ansiedad de su empleado le preguntó:

—Que le pasa amigo, que está usted hoy tan preocupado, que revisa tanto los libros y que cuenta tantas veces una plata que no es suya?

—Señor es que al hacer el tanteo de caja encuentro una diferencia de diez pesos que debo encontrar o pagar del escaso sueldo que usted me paga.

la cual, después de actuar con buen éxito en esta ciudad, fué a levantar su carpa en la ciudad de los Beras, los Morales, los Goico y los Bobadilla: Santa Cruz del Seybo.

Tratándose de un buen espectáculo público y carente la población de diversiones, obtuvo la compañía el apoyo de todas las autoridades locales las que le ayudaron en todo sentido, y la noche del debut el circo se vió "de bote en bote",

El programa comenzó a ejecutarse número tras número sin que al público le llamara la atención ninguno de éstos hasta que tocó su turno a Rafaelito, quien hizo algunos ejercicios acrobáticos en las argollas los cuales la concurrencia aplaudió frenéticamente. Un nuevo turno tocó a Rafaelito, esta vez en el trapecio, con tan mala suerte que una de las sogas de éste se le enredó en el cuello, a tal extremo que casi lo ahorcaba, y el público que no se daba cuenta de ello aplaudía con mayor frenesí; pero Rafaelito que sabia donde le apretaba la soga, agitando la mano derecha, gritaba desesperadamente:

—No, señores, no aplaudan que esto no es marona. Es que me estoy ahorcando...!

XXXIII

Ganar la plata "al medio de la calle" es el problema más serio para cualquier cristiano. Se necesita tener un cerebro privilegiado para resolver, a diario, tan serio problema, porque no teniendo qué ofrecer en venta es preciso buscar el producto para venderlo y, lo que es más grave aún, conseguir el cliente que se interese en él.

En todo tiempo tuvimos corredores inteligentes tales como Damiancito Báez, Pepe Villalón, Antonio Carvajal, Arturo Lovelace, Julio el Mocho y otros, quienes ganaban la plata en cualquier forma, honestamente, desde luego, y

en el doloroso trance de dar explicaciones o de atender a un mandamiento de conducencia...!

Un día, de paseo nuestro héroe por las afueras de la ciudad, conversaba con una linda muchacha, y un su buen amigo, conocedor de sus debilidades queriendo evitarle un mal rato, le dijo en tono de consejo:

—Ten cuidado que te pueden aplicar el 355.

Y él le respondió con aire de triunfador:

—No te preocupes por eso que a mí me han aplicado más de una vez el 914 que es más fuerte y más peligroso..

XXXII

De nuestra gente buena, uno de ellos era Rafael Vendreil, llamado cariñosamente Rafaelito y a quien un defecto físico muy visible le cambió para siempre su apellido.

Se puede afirmar, sin temor a exagerar, que él fué el precursor del fonógrafo y el cinematógrafo en la ciudad de Santo Domingo. Recuerdo haberle visto, en 1894, gestionar y llevar a cabo la primera audición de un fonógrafo de bocina", acto que se celebró en el local de la sociedad "Hijos del Pueblo", sito en la calle de San Andrés, hoy calle "Santomé". Le vi, también, jadeante y sudoroso propagando la exhibición de vistas fijas por medio de un aparato llamado Vitascopo, las cuales fueron proyectadas en el salón de la Sociedad "Amigos del País", hoy edificio de la Cámara de Diputados; y cuando Fundador Vargas, con el mejor aparato cinematográfico de la época, hizo su aparición en esta ciudad, nadie con más entusiasmo que Rafaelito le hacía buen ambiente a "El ataúd de cristal", "Papá la pulga", "El príncipe loco" y "Los perros contrabandistas", películas de gran renombre en aquellos tiempos.

Rafaelito ganaba, honestamente, el sustento de su familia en toda forma, y falto de capital para establecer un negocio de películas, formó una compañía de maromeros

del 1930, y al sepelio de ésta, dadas las buenas relaciones de su hijo, asistió numerosa concurrencia.

El cortejo partió de la casa mortuoria situada en los alrededores de la estación del Ferrocarril escocés y el féretro era conducido a mano por amigos de la finada y de su hijo, los cuales se relevaban de la triste carga, de trecho en trecho, hasta llegar a la Iglesia Parroquial en donde se celebraron solemnes honras fúnebres.

Reiniciado el desfile, esta vez llevando en hombros el cadáver tocó turno a un joven que por su condición de empleado del Ferrocarril pasaba diariamente por la puerta de la casa de la difunta, razón que le hizo trabar una buena amistad con ella.

Durante el trayecto que conduce de la iglesia al cementerio eran relevados en la dolorosa tarea todos los que cargaban menos el amigo Chuchú a quien, para colmo, le tocó cargar el féretro por la parte de la cabeza la que, al decir de algunos, es la parte que más pesa.

Este iba a poco, perdiendo las fuerzas y cuando estaba casi al rendirse se detuvo y detuvo a los demás y en un grito desesperado dijo:

—Caballero, yo no lo maté, Quitenme esto de arriba...

XXXV

A fines del año 1907 aquejado por molestos quebrantos el Jefe de la Estación telegráfica de San Cristóbal me tocó ir allí a compartir las duras faenas de esa estación con el personal que allí trabajaba.

Y qué feliz el tiempo que allí pasé...!

Y qué agradable eran las incursiones que al "charco de Hilario" ó al de la "tentación" del río Nigua, hacíamos Yorsito Mateo, cuyo natural dinamismo le hubiera servido de mucho en esta Era de Trujillo, Pedro Domínguez, tan madrugador como el que más en su época, Octavio Nina,

si algún desliz cometian era porque sabían que éste era aceptado por las reglas comerciales.

Cuentan que un día uno de estos corredores necesitado de "hacer el día" y no teniendo mercancía que ofrecer en venta se acercó a un caballero, entusiasta coleccionista de objeto prehistóricos, y en secreto le dijo que tenía algo que ofrecerle; pero que había que guardar el secreto pues se trataba de algo que a más de ser un objeto histórico corría el peligro de que fuera considerado como una propiedad del Estado: el cráneo del Cacique Enriquillo.

La oferta interesó al caballero e hizo que el corredor le trajera inmediatamente el objeto ofrecido. El corredor urgido de ganar dinero y obligado a llevar a su cliente el objeto en cuestión se fué al cementerio y pidió al zacatecas, previo el regalo de unas motas, le consiguiera un cráneo de los más blancos, lo cual consiguió sin gran esfuerzo.

Luego se fué donde el interesado llevando en una funda el objeto que "le salvaría el día" y con el mayor sigilo, y, casi a puertas cerradas, se lo mostró.

El interesado lo tomó en sus manos y con gesto Dantoniano lo miró y exclamó:

—No cabe duda, Pepe, en las líneas de este cráneo se nota la rebeldía del indio.

XXXIV

Hacen treinta años más o menos, que el servicio que más se agradecía en La Vega, era la asistencia al enterramiento de un cadáver y ello era así porque no habiendo carro fúnebre, la conducción al cementerio, de cualquier hijo de vecino que pasara a mejor vida había que hacerla en hombros o a pulso.

Para aquella época murió allí una respetable dama, madre amantísima de un estimado profesor a quien cupo la desgracia de morir la tarde trágica del 3 de septiembre

del Generalísimo Trujillo y exclamé: felices los pueblos que, como el nuestro, tienen hombres como el que a justo título ostenta, en la República, el de Benefactor de la Patria.

XXXVI

No hay pasión más ardiente que la pasión del juego. Al decir de algunos el jugador lo que quiere es jugar y junto al tapete verde el dinero para él no tiene valor.

Un hombre podrá cometer cualquier vulgaridad en otra parte y dejar de cumplir un compromiso contraído; pero en la mesa de juego da notaciones de educado y gentil y los compromisos contraídos allí son compromisos de honor y por lo tanto, cumplidos al pie de la letra.

Como una prueba de la verdad de esta afirmación allá va a mis complacientes lectores esta historieta:

Una mañana se reunieron en una casa de la calle "Colón" cuatro distinguidos jóvenes y un señor cubano ya entrado en años, quien era considerado como una autoridad en la materia, a jugar "dado corrido". Las "tiradas" se sucedían una tras otras y el dado daba "azar" unas veces y "seis" otras, mientras el tiempo corría vertiginosamente.

Veinte y cuatro horas habían pasado sin que ninguno de ellos hubiera ingerido alimento alguno y "la casa" que hasta ese momento solo había cobrado "el barato" les anunció que allí había algo que comer.

Cada uno pidió lo que le vino en ganas para reponer las fuerzas perdidas menos el cubano que, impertérrito, respondiendo a todas las "paradas" decía "topo" preguntaba quien iba de "llana y metida"; y cuando le fué preguntado qué deseaba de alimento, respondió sacudiendo el dado con la mano derecha y con un cigarro en la boca:

—Lo que yo deseo es ver el dado correr...! Paro o pinto?

dueño de una mula tan diestra que según él, solo le faltaba hablar, Pedro Pina, hombre de pocas palabras pero sincero a carta cabal, Toño Uribe, siempre sonreído y contento, Papá Ramón, yo y otros buenos amigos míos!

Y cómo olvidar los paternales consejos de **Musié Polito**, don Leonidá Saladín, don Manuel Seijas, don Juan Pablo Pina, los locrios de don Manuel Piña, las advertencias, siempre oportunas de **Masito** y, a doña Silveria Valdez, tan bondadosa que su despensa siempre estuvo desinteresadamente abierta a mi desmedido apetito de telegrafista trasnochado por las continuas vigilias en interminable "servicio permanente"...!

Y qué divertidas eran las giras a "Bobó "la Toma" y "Mancaño" acompañados de las señoritas Urbáez, Nivar, Mercedita Leger y otras damitas que, por sus virtudes, son orgullo del pueblo que les vió nacer!

Pero si felices fueron todos aquellos momentos, mayor felicidad sentí al ver hoy como en ocho años de gobierno presidido por mi Ilustre Jefe, la faz de San Cristóbal cambió radicalmente y ver que el bohío donde estuvo la estación telegráfica fué sustituído por un hermoso **chalet,** residencia hoy del Juez de Primera Instancia; que donde estaba "la flor de la caña", tienda mixta de **Musié** Félix, se yergue soberbio el edificio de la Gobernación; que al viejo caseron de maderas donde se alojaban las oficinas municipales lo sustituyó el hermoso local del aristocrático "Casino Trujillo"; que el Palacio Municipal nada tiene que envidiar en severidad y belleza a ninguno de los de la República; que en el entonces llamado "camino de Baní", hoy carretera "Sánchez" hay numerosos **chalets** de moderna construcción y numerosas obras más de progreso urbano que unidas al arbolado y pavimentación de sus calles, hacen de San Cristóbal una ciudad moderna.

De regreso a esta ciudad, agradablemente impresionado con el progreso del pueblo en donde pasé ratos tan agradables, me sentí orgulloso, una vez más, de ser amigo

Al siguiente dia el muchacho se dirigió a la casa de don Félix a cobrar los tres pesos en que trató el trabajo que debió realizar y Don Félix, con voz paternal y con sonrisa de satisfacción, le dijo:

—Toma mi hijo. Tres pesos por tu trabajo y tres más que te regalo en nombre de la familia por el buen servicio que le pretastes y puedes estar seguro de que cuando sea necesario recomendar un muchacho serio para cualquier trabajo yo te recomendaré a ti.

XXXVIII

Desde el año 1914 que conoci a Quín Gómez y desde que, en 1920, visité por primera vez La Vega Real, siento profunda simpatia por La Vega y los veganos, de ahí que todo lo que sea de allí o de allí proceda, ejerza en mi la mayor atracción.

En los tiempos en que la República era un infierno porque **bolos** y **coludos,** arma al brazo, se disputaban el Poder, La Vega sufrió las mayores desventuras y muchos de sus hijos más queridos cayeron en la contienda para no levantarse más.

Cuando la ciudad era ocupada por los **bolos**, los **coluos** tenían que "andar a salto de mata" defendiéndose de las persecuciones de sus enemigos y si los **coluos** triunfaban en la lucha, los **bolos** tomaban el camino del destierro, si tenían tiempo para ello...

Un día, después de un sangriento combate, en el cual uno y otro bando tuvieron grandes pérdidas, ocupó la población la facción vencedora y, después de enterrar los muertos y atender, a medias, a los heridos comenzaron las persecuciones contra los vencidos y sus simpatizadores.

El Jefe triunfador ordenó la prisión de un señor de nombre Cleto quien se distinguía por su ardiente afecto a los vencidos y comisionó para cumplir tal orden a uno de

XXXVII

Hasta mucho después del año 1897 las invitaciones para enterramientos se hacían bajo sobre cerrado dirigido al domicilio de la persona invitada y aquel que no la recibía en esa forma ni siquiera se acercaba a la casa mortuoria, aunque al difunto o a cualquiera de sus familiares le unieran los más estrechos lazos de amistad.

Para esa época falleció en esta ciudad, en su residencia de la calle "Colón" una honorable matrona, madre amantísima de dos estimables y distinguidas damas capitaleñas a quienes, por diversas razones, profeso afecto sincero.

Ocurrido el fatal suceso, Don Félix E. Mejía pariente muy cercano de la dama fallecida, quien tomó a su cargo las diligencias necesarias para el sepelio, se apersonó a los talleres del "Listín Diario" y ordenó la impresión de quinientas tarjetas para invitaciones cuyo reparto concertó por tres pesos mejicanos con un muchacho de doce años, más o menos, que en dichos talleres trabajaba como tipógrafo.

Inmediatamente que el muchacho recibió las invitaciones para ser repartidas vió en el gran montón que éstas formaban un trabajo abrumador y después de repartir escasamente diez, arrojó el resto a un hoyo que había en el antiguo patio del Convento, hoy calle "Universidad".

Realizado este hecho censurable el muchacho no tuvo reposo hasta la hora del sepelio pues le preocupaba que si se seguía la costumbre el enterramiento se llevaría a cabo con las diez personas que recibieron invitación y los parientes de la difunta; pero cuál no sería su asombro al ver que contrariamente a lo acostumbrado y rompiendo todos los precedentes, el entierro de doña Margarita fué una elocuente manifestación de duelo al cual concurrió hasta el General Lilís, cuya presencia en actos de igual naturaleza era cosa poco común.

na, como "Sarás" en la de Cuba, es sinónimo de Farmacia acreditada y bien surtida.

Como amigo nadie lo mejora y siempre está dispuesto a servirle a éstos sin reservas; pero como comerciante defiende sus intereses con tanta energía, cuando el caso lo requiere, que los Jefes y Oficiales que tercian en la actual contienda española son unos **chivitos** al lado de él; o afloja un "no" con tanta dulzura que quien lo recibe queda de él tan amigo como antes"...

La siguiente anécdota prueba la afirmación que antecede: Una noche llegó a su establecimiento un señor de apariencia distinguida pero que Lolón no lo conocía y obtuvo precio, al contado, de un objeto que allí estaba a la venta. Convenido el precio y otras condiciones el caballero dijo, más o menos: "Mañana volveré por acá y lo llevaré".

Al siguiente día el caballero había variado de idea y se acercó a Lolón y le dijo: He resuelto llevar el objeto por el precio convenido y usted me pasará la cuenta el día último.

Lolón. sonreído, le respondió: Señor no acostumbro a acreditar sino a aquellas personas que de viejo tienen negocio o relación conmigo; yo lamento no poder complacerlo.

El caballero no perdió la calma e invocó su condición de diplomático de un país amigo y después de hacerlo, preguntó:

—Después de mi explicación ¿cómo piensa usted, señor Guerrero?

Y Lolón con una calma propia de un sajón, le respondió:

—Señor, del mismo modo que hace un momento...

XL

Panchito Sanabia y yo, en nuestras mocedades, éramos dos amigos inseparables.

sus Tenientes de nombre Lizandro, quien era un buen adorador de Baco. Lizandro, conocedor del temperamento pacífico de Don Cleto, entendió que no necesitaba ir acompañado a cumplir la orden que se le había dado contra éste cuya rendición ordenó en voz tonante.

Don Cleto no perdió la calma, y en tono dulce, le dijo:

—Bien, hágase la voluntad de tu Jefe; pero antes vamos a tomar un trago de un ron de Bani del cual me regalaron un galón hace algún tiempo. Lizandro aceptó la invitación y apuró uno y otro trago del sabroso nectar y cuando don Cleto vió que ya éste estaba "perdiendo los estribos", le dijo:

—Oye, Lizandro, porqué tu me vas a hacer preso a mí que soy un hombre útil a los míos; que estando en libertad puedo servirte a tí y a los tuyos? Porqué no haces preso a mi compadre, que vive ahí enfrente?

Lizandro frunció el entrecejo, vaciló un momento y, sin encomendarse ni a Dios ni al Diablo, redujo a prisión al compadre de don Cleto, quien siempre se había inmiscuido en cuestiones políticas con el pensamiento solamente.

Y el pobre Don Enrique, cuya ardiente inclinación a los quehaceres domésticos era cosa muy conocida en La Vega, permaneció en la cárcel varios dias sin que se supiera quien había ordenado su prisión.

XXXIX

Una de las personas más conocidas dentro y fuera de Ciudad Trujillo es Lolón Guerrero, y es porque a fuerza de constancia, honradez, pulcritud y buena suerte ha hecho de la Farmacia que lleva su apellido, sino la más acreditada de la República, una de las más acreditadas. Su prestigio como farmacéutico y su habilidad como comerciante son son tan conocidos que "Lolón" en la República Dominica-

—I tan poéticamente que le coloqué las flores en la cintura...!

XLI

Federiquito Perdomo era uno de los hombres más competentes y hábiles de su época. Por competencia o habilidad siempre desempeñó altos cargos públicos.

Una de sus debilidades determinó que perdiera el empleo que desempeñaba y, escaso de recursos con que sostenerse en esta ciudad, tuvo que refugiarse en su predio natal: la común de Neyba.

Allí era el mentor de todos, dirigía al maestro de escuela, escribía cartas para los enamorados que no sabían hacerlo, aconsejaba al Jefe Comunal, intervenía y hasta dirigía los procedimientos judiciales y ejercía de pica-pleitos.

Una mañana los tranquilos moradores de Neyba fueron conmovidos por la noticia de la aparición, en las afueras de la aldea, de un cadáver horrorosamente mutilado.

Con diligente celo y sin demora inició el Alcalde Comunal las actuaciones judiciales dirigidas, desde la cabecera de Provincia, por el Ministerio Público representado, entonces, por un honrado caballero de esta capital.

El éxito coronó las gestiones de los agentes del orden y una noche el Jefe Comunal, acompañado de varios miembros de la Policía, capturó al presunto autor del crimen quien resultó ser un acaudalado agricultor de una de las comunes de la Provincia.

Los esfuerzos del Procurador Fiscal del Distrito para que el prevenido fuera enviado a la cárcel pública de la cabecera de Provincia se estrellaron contra la ignorancia del Alcalde quien, influenciado por Federiquito, constituído en defensor del acusado, resolvió pasarle la causa en la Alcaldía.

Para nosotros la Semana Santa era un acontecimiento. Desde un mes antes, con los mayores sacrificios, mandábamos a confeccionar dos o tres trajes de dril marca "El Gallo" de distintas pintas y trajeado con uno u otro, no había procesión o acto religioso en el cual, Panchtito y yo, no estuviéramos en primera línea.

La Noche Buena era también para nosotros otro acontecimiento; y para que mis amables lectores se den una idea exacta de cómo procediamos esa noche basta decir que un día de Pascuas, acompañados por Virgilio Peynado y Nene Guerrero, amanecimos en lo alto del campanario de la iglesia del Carmen sin que supiéramos por donde subimos ni qué fuimos a buscar allí.

Más afortunadamente que yo en el amor, era Panchito un moderno Don Juan que tenía más de una novia en cada uno de los cuatro puntos cardinales de la ciudad, y yo, paciente Cirineo, le aguantaba el gorro unas veces "haciendo esquinas" y otras en la misma casa de la novia.

Una vez, una de las novias de Panchito fué invitada a un baile que debía ser celebrado en el hoy barrio de San Carlos. Desde el color y la moda del traje que luciría la novia hasta la forma del calzado que debía usar fueron elegidos por Panchito y la noche del baile, un hermoso ramo de vegonias, colocado por el afortunado galán, lucía en la cintura de la amada Dulcinea.

Después de cenar en un friquitín situado en el callejón de "La Noria", propiedad de un puertorriqueño que le llamaban "boque-tiburón" nos fuimos a ver el baile y cuando Panchito vió que su amada estaba en brazos de un personaje sancarlense; que el traje color de rosa cuya moda él eligió, por la violencia con que bailaba el caballero, estaba en miserable estado y que del ramo de vegonias que llevaba a la cintura solo quedaba el tallo. se volvió un demonio; pero advertido de que su actitud podría ser de fatales consecuencias, se concretó a exclamar entristecido:

Descendiente de una familia honorable, y de trato afable y caballeroso era muy solicitado en todos los salones; y los ensayos de cuadrillas donde doña Filomena Bonetty, los de lanceros en el Club Unión y aún los de "paracaídas" en la clase media eran dirigidos por Mirito, como le llamaban todos cariñosamente.

Unido en matrimonio a una virtuosa dama azuana conservó, después de esto, su posición social; pero se abstuvo de toda actividad pues se concretó al sostenimiento y educación de sus hijos los cuales hoy, hembras y varones, hacen honor a su apellido.

Habiendo venido a mal en su situación económica se vió obligado a ocupar una modesta vivienda en el "Callejón de las Lugo", la parte de la hoy calle "Espaillat" comprendida entre "El Conde" y "Mercedes". El traslado a su nueva residencia lo hizo Mirito bajo el viento amenazante de un ciclón que se estaba formando, razón que lo obligó a realizarlo casi personalmente pues los habitantes de la ciudad, escarmentados por los daños que hizo el "Ciclón de Lilis" en el año 1894 y con el recuerdo fresco aún de las fuertes ráfagas del de "San Ciriaco", no tenían tino para nada.

Casi instalado en su nueva residencia salió a la puerta Mirito y oyó este diálogo que tenían dos mujeres en medio de una multitud que les oía:

—El peligro que nos viene encima es terrible. El viento que está soplando es el Ustrasur. No nos salva ni la burburaca.

—Que vá, eso no es nada. Cuando sople el Norosur será lo gordo.

Y Mirito, que no había dicho esta boca es mía, la abrió para decir en tono persuasivo y con aire de sapiente:

— Señores tengan calma. No tengan miedo porque vean las nubes correlativas; ese viento que está soplando es el Nomplusultra que no tiene nada de peligroso...

El dia de la audiencia, desde el amanecer la Alcaldía estaba llena de gentes de todas las clases, comenzando la vista de la causa a las nueve de la mañana. Como era de esperarse en esta causa no hubo providencia calificativa, acta de acusación ni testigos; solo hubo la declaración del acusado que no negó el hecho alegando en su favor algunas sinrazones.

El Alcalde concedió la palabra al defensor del acusado y éste, después de pronunciar algunas palabras de relumbrón y términos en latín, concluyó pidiendo que a su defendido le fuera aplicada la octava franca de la ley.

El Juez de la causa quedó estupefacto ante tanta palabrería que jamás en su vida había oído y más estupefacto aún con el pedimento que por primera vez le hacían pero sin perder la calma se dirigió al defensor y le dijo:

I en qué forma quiere usted que yo le aplique la octava franca de la ley a su defendido?

Federiquito se puso de pie y respondió:

—En la forma acostumbrada, Magistrado, poniéndolo en libertad inmediatamente.

Pocos días después el autor del hecho cruzó la frontera y la ignorancia de un Alcalde en complicidad con un picapleitos cubrió con el manto de la impunidad un crimen abominable.

XLII

Clodomiro Espinal fué uno de mis mejores compañeros cuando yo ejercía el oficio de tipógrafo en los talleres del "Listín Diario" durante el periodo de 1895 a 1899. Clodomiro, en el argot del oficio era un gran "metedor de tipos" pués llenaba componedores y galeras sin ponerle sentido a lo que componía; de él se dice que en una ocasión, después de componer un artículo del señor Hostos, exclamó: "esto debe estar muy bueno porque yo no lo entiendo".

Recuerdo que en una ocasión, frente a una vitrina en la cual expone lo que vende una librería de esta ciudad, un amigo mio vió un libro de un autor nacional, y me dijo: "que equivocado está don X cuando cree que su libro se va a vender en librería; aquí quien escribe un libro tiene que **fajar** con él o no lo vende".

Pero lo que más pone de manifiesto el concepto que algunos tienen sobre el particular es esta anécdota:

En estos días un buen señor escribió un librito que, a cincuenta centavos, distribuyó entre todos sus amigos. Un joven, que de buen agrado aceptó uno, retardaba el pago de éste, unas veces porque no tenía menudo y otras porque se olvidaba de traer la plata de su casa, lo que obligó al cobrador a requerir el pago de la pequeña suma más de una vez, hasta que el deudor le dijo:

—Mira, no vengas más que yo pagaré eso directamente al autor.

—No, no haga eso— dijo el cobrador— usted no sabe que si usted paga directamente yo pierdo mi comisión de veinte centavos?

— ¿Cómo? preguntó asombrado el deudor— veinte centavos de comisión por cobrar cincuenta?

A lo que respondió el cobrador con cierto descaro:

Y qué se está usted creyendo? Usted no sabe que muchas veces da más trabajo vender un libro que escribirlo?...

XLV

Es una versión muy socorrida la de que muchos latinos, y muy especialmente los dominicanos, gastan más de lo que ganan.

Parece que quienes así piensan tienen razón pues mientras un americano la primera partida que asienta en su nota de gastos es la suma que debe ahorrar, el latino

XLIII

Casi todas las personas de esta ciudad, y fuera de ella, que tengan más de cuarenta años de edad tuvieron que conocer a Don Enrique Abréu y convenir en que él fué el hombre de mejor humor. De él se cuentan numerosísimas anécdotas que prueban su humorismo, apesar de que la Diosa fortuna nunca fué nada complaciente con él...

Don Enrique era un perfecto caballero, su pulcritud en el vestir, su trato afable y sus buenos modales eran razones para que tuviera muchos y muy buenos amigos.

Visitante asiduo del Parque Colón, fué obligado testigo presencial de dolorosa tragedia ocurrida en los alrededores de aquel sitio a fines de octubre del año 1899, y cuentan que el día de la vista de la causa contra los actores de esta tragedia, cuando el Juez, interrogándolo por sus generales de ley, le preguntó su profesión, respondió:

—Empleado público cesante!

De Don Enrique también cuentan que en una ocasión en que esta ciudad, por falta de luz y escasez de policía, era víctima de numerosos robos nocturnos, un ladrón forcejeaba la puerta de su casa, su esposa, tratando de despertarlo de su profundo sueño, le dijo:

—Enrique, Enrique, un ladrón, un ladrón!

Y don Enrique, soñoliento, y cambiando de posición en la cama, le dijo:

—Ay! Filomena, déjalo que entre que quizás deje olvidado algo de lo que robó en otra parte!

XLIV

Al decir de muchos la tarea menos productiva en esta tierra es escribir un libro, no porque a la gente no le guste leer sino porque a muchos no les gusta comprar libros de autores nacionales.

Eleazar de Castro y Marino Cestero, era San Miguel el Campo de mis hazañas.

Cuando transito por el callejón "María la O" el cual tiene su entrada por la calle Duarte y salida a la Juan Isidro Pérez no puedo olvidar a la Mujer que le dió su nombre, una haitiana que usaba sebo por coméstico, Julín Camarena, cuyo humorismo causaba a todos hilaridad sobre todo cuando se disfrazaba, Feliciana una mujer que hacía arepas tan buenas que su fama se extendía por toda la República, Liquín Camarena el primer atacado del mal de LAZARO que conocí, Amalia, honrada lavandera, y los jugozos chicharrones que despachaba la bondadosa Bélica en la pulpería de su esposo Don Pedro Bermúdez.

Si voy por el callejón "Salsipuedes" tengo que recordar a Domingo Zabetta, honrado comerciante italiano que, con Don Juan Guerrero, Juan Yará y Pancho Levi, estableció la venta a plazos semanales.

No puedo pasar por la calle "Ozama" sin pensar que en ella vivió María Eugenia Cupete, simpática mujer que preparaba mondongos, livianos y arepas tan bien condimentadas y que fué tan conocida por trasnochadores, músicos y parranderos que su nombre nunca dejó de figurar en los programas de las rumbosas fiestas del barrio.

Y porqué no recordar a Román Vejez, diligente mandadero que fué vilmente asesinado. León Guabara, tan honrado como el que más; Isidora González, cuya especialidad era lavar pisos, Abellán, más guapo que GENARITO: Abelardo el Zambo, buen cuidador de gallos y moyista furibundo; José VALLOBE, diligente campanero de la Iglesia de la Altagracia, quien perdió su apellido por estar anunciando que iba a llover y a Concha "la cibaeña", quien nos anunció a Panchito Sanabia y a mí, para que lo avisáramos a las autoridades, que a QUELELE el borriquero lo habían herido en un ojo con un CINCO CLAVOS el cual dejaron adentro y que le fué sacado con gran trabajo por el Dr. Heriberto de Castro.

se preocupa poco de que el sueldo no le alcance para vivir porque la diferencia la suple con su crédito, de donde resulta que, poco a poco, la vida se le va haciendo difícil a pesar de estar produciendo.

De que existe la creencia de que el dominicano gasta más de lo que gana da fe la anécdota que sigue:

Una firma comercial extranjera establecida en esta ciudad explotaba el negocio de cabotaje con un pequeño vapor que, a pesar de ser de la matrícula de este puerto, llevaba un nombre exótico.

Preocupaba a la gente del muelle que un vapor que viajara en aguas dominicanas, llevara un nombre que nadie entendiera cuando lo natural fuera que se llamara "Luz del Alba", "Leonor", "Alba" u otro nombre de igual índole y en sus conjeturas sobre el caso llegaron hasta a imputarle al Jefe de la casa armadora sentimientos antipatrióticos.

Una mañana, con sorpresa para todos, el vaporsito amaneció luciendo en una y otra banda este rótulo: "El dominicano".

Bah! Al fin dió usted una prueba de patriotismo y de simpatía hacia este pueblo bautizando su vaporsito con el nombre "El Dominicano".

Y el dueño, con la flema propia de su raza, le respondió:

No señor. No ha sido por eso. Le puse "El Dominicano" porque gasta más de lo que produce.

XLVI

Nada me produce mayor placer que pasar por el barrio de San Miguel y sus callejones, ello se explica, allí discurrió parte de mi infancia cuando con mis abuelos vividores de aquel barrio, pasaba con ellos las vacaciones escolares y, adolescente, acompañado de Panchito Sanabia.

seria por nuestras calles pidiendo limosnas; Mauricio Vega, vividor en una choza en el patio del Convento, hoy calle "Universidad", a quien la chiquillería desesperaba tirándole piedras; Vidal Gallina, hombre impasible a toda burla; Canario, joven de familia humilde pero honrada, quien se enamoró de tal modo de una distinguida señorita de la calle "Padre Billini" que llevó su pasión hasta darle una paliza a un hermano de ella; Rufino el Tigre, borracho consuetudinario que con su apodo inmortalizó el calabozo que, para contraventores y muchachos vagabundos, había en la Puerta del Conde; José María el loco, demente que sentía gran pasión por la música quien, según él, no salía de los muros de la ciudad porque su mamá no volvió a entrar después que salió par ael Cementerio; Seña Juana Vapor, cargadora de leña y trastajos en la cabeza, "que castigaba la menor injuria mostrando lo que no se debe mostrar"; Mamá Reina, loca de remate que usaba toda clase de prendas falsas para hacer creer en un recuerdo que solo existía en su mente desequilibrada; Boqueburro, negro que tenía su campo de acción en la "Playa del Ozama", cuya boca, tan grande como la de un asno le dió el mote que conservó hasta la muerte; SONPAPA, muchacho que desde temprana edad se dedicó a beber aguardiente y que se ahogó en una letrina en el barrio de Santa Bárbara, Patepuerco, hombre de baja escala y estatura a quien no sé porqué seguían casi todos los perros de la ciudad; Lolito Flochón, quien se titulaba descubridor de los restos de Colón porque fué el peón que dió el piquetazo que puso al claro la caja que contenía los restos del Gran Almirante; Garú, negro corpulento, cornetín de orden de nuestras antiguas milicias; Federico Andújar, de quien se dice que, atándose un cuchillo en cada pie, se tiraba al "Tripero" a pelear con los tiburones; Ramón Figueroa, policía, natural de Puerto Rico a quien el valiente Ramón Arroyo le arrancó una oreja de una mordida; Seño Pedro Viva Moya, vividor de la calle "Santomé" que por "un quítame estas pa-

Y cómo olvidar que el día de San Andrés era imposible transitar por la calle "19 de Marzo" alta porque Josefa y Pola, elegantes hijas de MALU le cerraban el paso a todos los transeúntes con cascarones rellenos de cocimiento de albahaca, tunas, agua coloreada y otras armas útiles en ese día?

Tampoco puedo dejar de pensar en doña Rosa Hernández, propietaria de la única tienda de modas que había entonces en el barrio quien, complacientemente me alojó en su casa hasta que pasaran las fuertes y peligrosas ráfagas del ciclón de San Ciriaco en el año 1899.

Y por último Octavio Castillo y José Betances, cuyo tino como tiradores de piedra les permitía hacer blanco donde ellos quisieran y Arquímedes y Ernesto Burgos, mis buenos amigos de la infancia: María Ignacia y su esposo Pancho Leví; Matilde, a quien su esposo, Toribio el zapatero, abatió a balazos por celos; Pancho el chino, tan complaciente como Anita su esposa y Hermida su hija; CHECHE, rascador del contrabajo que solamente lo tocaba el día de San Lorenzo en la Iglesia de los Minas después de haber estado ensayando todo el año noche por noche; y a María Dionisia, vendedora de verduras cuya lengua, por lo sucia, no tenía igual en cien leguas a la redonda.

XLVII

La lectura en "Síntesis" de un artículo titulado "Tipos populares que desaparecen en España" en el cual su autor recuerda algunos tipos desaparecidos en la madre Patria me hicieron prometer a un buen amigo mío escribir uno de igual índole, y, hoy, cumpliendo mi promesa me refiero a algunos de nuestros tipos populares que hace tiempo pagaron su tributo a la madre tierra.

PITIJUSTO valiente guerrillero a quien las injurias de los años le convirtieron en un guiñapo que paseaba su mi-

Bautista Montes Madrid, (a) LA CHIVA, de porte elegante, peón de la prensa Marinoni de la Imprenta de don Manuel García, eterno imitador de Roncoroni y que hacía, a su manera, la "Muerte Civil", y Dolores, mujer alcoholizada, a quien decían LA BORRACHONA, que cuando abría la boca para decir palabras obscenas ruborizaba a una estatua.

XLIX

Quiero hoy remontándome a los años 1892 al 1899, dar un paseo por la calle "El Conde" para así recordar los establecimientos populares que han desaparecido.

"El nuevo mundo", fonda de don Vicente Fernández, especialista en la condimentación de cocidos a la española, tan bien condimentados que podían resucitar un muerto; "La Fama"" ferretería de don Samuel Curiel a donde acudían todos los que en esta ciudad necesitaban cualquier artículo de su ramo; "La Pobrecita" fábrica de camisas de Carlos Vasallo, única en su clase en la ciudad entonces; Librería de García Hermanos, de la cual aún queda algo; restaurant de MALU a cuya puerta formaban, en la tarde tertulia la gente bien; sastrería del maestro Núñez, honrado caballero cubano que convivió con nosotros durante muchos años formando una familia honorable; establecimiento de provisiones de don Fernando Rodríguez, de quien se dice que comenzó su negocio, en el cual ganó dinero, vendiendo muy barato; "La Canastilla" tienda de modas propiedad de don Eugenio de Marchena, distinguido caballero que en silencio hacía obras de caridad a cada momento; "La Belleza" tabaquería de Chago Acevedo, de donde salía el aroma agradable del tabaco con que elaboraba sus famosos cigarros y cigarrillos; el Bazar de Aybar Hermanos a cuya puerta José Campillo y Luis Emilio, Andrés Julio y Francisco Raúl, cantaban en pleno día las canciones

jas" le daba una pela a su mujer; Pintacopa, campanero de la Catedral a quien dos distinguidas señoritas de la Calle de los plateros, hoy "Arzobispo Meriño", desesperaban mostrándole desde el balcón de su casa, cuando pasaba, una copa y un pincel y CIONTIA mujer idiota, muy parecida a la hembra del cerdo que tenía la manía de que todos eran sus tíos y que apesar de su idiotez tenía un hijo cada año el que atribuía a un caballero de esta ciudad que duerme el sueño eterno hace años.

XLVIII

Muchas de las personas que amablemente me leen me han dicho que al referirme en mi último artículo los tipos populares que han desaparecido dejé de citar muchos de ellos. No les falta razón a quienes así dicen y hoy les complazco nombrando los que acuden a mi memeria.

Eusebio, leal sirviente de la familia Mena a quien por su estatura diminuta le decían FRIJOLITO; Gabriel el LOCO, interdicto que acarició, durante muchos años, la idea de ser Jefe de Serenos de esta ciudad; Agustín el MONO, a quien le atribuían gran parecido con el Cristo del Convento de Dominicos porque cuando su madre le llevaba en el vientre se arrodilló ante éste causándole su faz una gran impresión; CAPI, sirviente de la familia Damirón a quien Prosper Marchena mi hermano en el afecto y yo, desesperábamos con nuestras burlas; GEJEN, un erisipolotoso que cuando en esta ciudad habían Alcaldes de Barrio se titulaba Alcalde de "Ponce"; DON PASCUAL, cuyo mote no me atrevo a decir, pero que mis amables lectores adivinarán; Don Pancho la PLUMA, fanático religioso que tenía la manía de hablar mucho y andar más rápido que una locomotora; GUINEO MACHO, botador de basuras cuya carreta, con mulo y todo, cayó en la "Cueva de las Golondrinas" siendo devorado el mulo por un tiburón; Juan

y no había muchacho que no llevara en la espalda una cruz hecha con la tinta de dicha fruta y las Yentis, Madrilleta, Titita y otras, desde las vísperas se dedicaban a llenar con cocimiento de albahaca y rompe-zaragüey los cascarones de los huevos que habían utilizado en sus respectivas dulcerías durante el año.

Desde el amanecer, el día de San Andrés, las señoritas Leyba y las Licairac, cuya holgada posición económica les permitía utilizar agua perfumada, atacaban desde el balcón de sus respectivas casas a toda persona, de su categoría desde luego, que intentara llegar al Parque "Colón", las señoritas Pittaluga le cerraban el paso a cualquiera de sus amigos que intentara pasar por la esquina del "Gallo", las hijas de MALU, Panchito Sanabia, yo y otros en el mismo barrio de San Miguel, y Manuel Emilio Machado y los Camarena Perdomo en el parquesito de Regina, tratábamos en lucha cuerpo a cuerpo, de ahogar ó llenarle la cabeza de almidón o almagre a todo el que intentara invadir nuestros respectivos sectores.

En la tarde don Casimiro N. de Moya, trajeado de blanco, en el coche sin tapacete de Vitorino; Horacio Lamarche, Quinquín García, José Campillo, Luis y Enrique de Marchena, Julio y Carlos Pou, Rafael Prudencia y otros, a pie o a caballo, se lanzaban al combate en el cual tomaban parte, armadas de cascarones, distinguidas señoritas. En uno de esos combates, Rafael Prudencia, después de agotar todos sus cascarones y no encontrando a comprarlos, en el vértigo de la lucha utilizó varios cajones de pan de fruta y algunos salchichones.

Ya en la noche, rendidos los combatientes por falta de elementos o por la fatiga, la ciudad, por la falta de alumbrado presentaba aspecto de ciudad sitiada y sólo se veían en las calles jóvenes armados de jeringas que por esa noche eran distraídas de su objeto especial para ser utilizadas lanzando chorros de agua a través del ojo de la llave o de cualquier rendija no cubierta a tiempo.

y guarachas más en boga; Farmacia "San José" del Dr. Don Pedro Delgado, médico que asistía los enfermos de gratis y les regalaba la medicina cuando no la podían comprar; "El Globo" tienda de don Isidoro Bazil; "El buen gusto", panadería donde se elaboraba el mejor pan de la ciudad, propiedad de don Cristóbal Rodríguez quien tuvo la desgracia de que el tranvía le matara una hija en la misma puerta de su casa; "La bota blanca", de don Joaquín Lugo, quizás la mejor peletería de entonces; tiendas de Telésforo Alfonseca, Miguel Ortega y Juan Arvelo a donde acudían a diario muchos campesinos.

Ahora, de regreso al punto de partida, doy una ojeada al "Machete" de Don Fermín Pereyra, paso por la puerta del ventorrillo de Loreto, cuyos piñonates hicieron época en esta ciudad, reviso los establecimientos de don Fernando García, Juan Salado, "La Constancia" de Eladio Montás y "La Hacha" de Lorenzito Valverde para detenerme, por temor a cansar a mis lectores, a la puerta de la tienda de don Manuel García Montebruno, comerciante que tenía la venta exclusiva del calzado francés marca "Fanién".

L

Treinta de Noviembre! En igual fecha, en otro tiempo, sin que precepto legal alguno lo dispusiera ningún establecimiento comercial abría sus puertas, las personas quebrantadas en su salud no salían a la calle y aquellos que solo tenían la indumentaria que llevaban puesta no salían de sus casas a menos que una necesidad urgentísima los obligara a ello; todo porque se celebraba el día con el divertido pero peligroso "juego de San Andrés".

La proximidad de la fecha se notaba porque los chiquillos y aún los zagalejos armados de tunas, fruta tintorea que se consigue a la orilla del mar, todo lo embarraban

demás tiendas de moda establecidas en la calle "Separación" abrían sus puertas en la prima noche para atender a las exigencias de su clientela.

Lorenzo Veloz, Agustín Núñez, Pancho Brenes, Perico Acevedo e Ignacio Moscoso, sastres acreditados, trabajaban día y noche en la confección de ropas que le habían ordenado sus clientes para ser estrenada en los tres días de Pascua.

La actividad de sirvientes y de toda clase de gentes que se dirigían a la "Plaza Nueva", en la calle "Mercedes" o a la Plaza Vieja", en la calle del "Comercio"; el pregón de vendedores ambulantes ofreciendo pavos, pollos, lechones, maní congo, lerenes, maní largo, pan de frutas y otros víveres y el grito de los cerdos beneficiados en la porchiquera de don Domingo Hernández, situada en la calle "Santo Tomás", en donde está establecida la clínica del Dr. González, eran indicación de que el día de la Noche Buena había llegado.

En la prima noche las pulperías se congestionaban de gentes que acudían a comprar golosinas, mientras en la calle las detonaciones de montantes, cohetes, busca-pies y velas romanas confeccionadas por don Manuel Camarena o por Manuel y Ñoñito Morales, daban la sensación de que se estaba librando una batalla.

A las diez comenzaban los maitines que eran celebrados en la Santa Iglesia Catedral por Monseñor Meriño, asistido de todos los sacerdotes residentes en la ciudad y los de las Parroquias vecinas; y mientras el armónium dejaba oír sus voces que, con la de José María Arredondo, acompañado por sus hijos Vetilio y Clodomiro, formaban un bello conjunto melódico, jóvenes distinguidos entre los cuales se encontraban Aníbal de Moya, Manolo Galván, Horacio Lamarche, Enrique y Luis de Marchena, Linllo Bona y Adriano Mejía, corrían a todo escape por las calles de la ciudad en los flamantes coches de la acreditada cuadra de don José María Gautier, o en los de Pipilí, Vic-

Y todo esto que yo recuerdo con placer porque "todo tiempo pasado siempre fué mejor" fué arrollado por el carro del progreso convertido en una resolución dictada por el General Carlos Parahoy quien, en el año 1901, desempeñaba interinamente el cargo de Gobernador de la Provincia de Santo Domingo, hoy Ciudad Trujillo.

LI

Ninguna fiesta se celebró con más entusiasmo ni era más divertida en la antigua ciudad de Santo Domingo, hoy Ciudad Trujillo, que la Natividad del Señor.

Desde los últimos dias de Noviembre los vientos llamados "Nortes de San Andrés", la exhibición de manzanas traídas de Nueva York en su viaje quincenal por cualquiera de los vapores de la linea Clyde, manzanas que no se veían en otra época del año, preparaban el espíritu para la celebración del acontecimiento que todo el mundo cristiano celebra jubilosamente.

Entrado Diciembre, "La Quisqueyana", pulpería de Rafael Fernández, en el callejón de "La Cruz"; la de Donato García, en la calle de los plateros; "La Rosa", de Manuel Benítes; la de Enrique Cohén y "La Canana" de Leonardo Amor, en la calle Separación; las de Manuel Alemar y Antonio Sanchez, en la Cruz de Regina y las de Danielito Acevedo y los hermanos Morales en el barrio de San Miguel, exhibían en tramos en forma de escalinata las golosinas que tenían a la venta; y en los ventorrillos de Mafina, de Cuna, de Catalina Arvelo, de Loreto, de Periquito y otros se veían grandes cantidades de maní congo, maní largo y lerenes.

"La Canastilla" de Don Eugenio de Marchena: "La Villa de París", de Moris Penha; "El Globo" de Nene Ricart; "Las Novedades" de Chito Ricart; "La Nueva Feria", de Rafael Leyba; "El Bazar" de Aybar Hermanos y

instalación del primer alumbrado eléctrico público de esta ciudad. No, voy a relatar a mis amable lectores un hecho cierto que ocurrió la víspera de Reyes en La Vega Real.

Dos distinguidos jóvenes veganos uno desaparecido trágicamente bajo un acceso febril y el otro vivito y coleando para bien de sus familiares y contento de sus buenos amigos, estaban sentados en uno de los bancos del parque de recreo de su ciudad natal tratando de resolver el problema que todo padre de familia, amante de sus hijos, confronta en tal fecha.

Cuando estaban más ocupados en la resolución del problema cuya incógnita era el dinero, que ellos no tenían, se les acercó un General vegano cuyo valor, probado, en nuestras guerras intestinas, hubiera asombrado a Aníbal, a Báez o a Luperón, y les dijo:

—Esta tarde quisiera yo echar una cana al aire; pero desearía hacerlo en lugar apartado de la ciudad, en donde nadie me viera, y evitar así que los murmuradores acaben conmigo.

Amable, hombre conocedor de todos los rincones de su pueblo, indicó el lugar deseado y allá fueron los tres héroes de esta historia.

Uno, otro y otro trago del afamado ron "Escudo de la Vega Real" y cuando los vapores de éste comenzaban a subirles a la cabeza, Mario, buen recitador, comenzó a recitar este soneto de Eloy Blanco:

> El Mariscal subía la dorada escalera
> radiante la mirada, sereno el caminar

cuando le interrumpió Amable diciéndole:

Déjate de Mariscales y de escaleras doradas, Mariscal éste —señalando a Sánchez— que reducido a la Forta-

torino, Esquerra o Felipillo, mientras Nene Guerrero, Panchito Sanabia, Virgilio Peynado, Arquímedes Méndez y yo, recorríamos a pie la ciudad y sus barrios escanciando botellas del sabroso ron Naranjito que preparaba Cordereito oyendo cantar a Alberto Vásquez, el inmortal autor de "La Dorila", a Enrique Saldaña, de voz dulcísima, a Manulico Pereyra, quien prefería cantar a comer o tomar una copa, a Teodoro Zayas, Chachito Reinoso y otros trovadores que complaciendo a algún enamorado, cantaban junto a la reja de la amada o amenizaban la cena de cualquier familia.

En la madrugada comenzaba la celebración de la "Misa del Gallo" en la Catedral y en las Iglesias menores y, entre repiques de campanas, detonaciones de cohetes, montantes y gritos de borrachos amanecía el primer día de Pascua.

Hoy el progreso que ha acortado grandemente la distancia que separa esta ciudad de la de Nueva York nos proporciona el placer de saborear semanalmente las frutas y golosinas que antes saboreábamos una vez al año, los colmados modernos que sirven rápidamente a domicilio lo que se les ordena nos evitan salir de compras esa noche, y la radio que nos trae música exótica o vernácula nos permite permanecer en casa rodeados de familiares y amigos haciendo de la Noche Buena una noche de fiesta en el hogar.

LII

Quien lea el título que encabeza estas líenas creerá, sin duda, que en ellas me voy a referir a los tiempos en que, en igual fecha, acudían a la juguetería de don Manuel Campillo, única en su clase, los pocos "Reyes" que habían entonces en la ciudad de Santo Domingo, o que voy a decir algo relativo al cuadragésimo segundo aniversario de la

Y Sánchez, agitando la mano derecha, le respondió:
—Ni soy Páez, ni soy Bolivar, ni bebo, ni tengo cuartos a.. tastidiar a otro!

LIII

Prolongados repiques de campanas y detonaciones de cohetes y montantes anunciaron el 2 de febrero en la madrugada a los moradores del simpático barrio de San Carlos que había amanecido el día de la Candelaria, Virgen que, como San Carlos Borromeo, es patrona de la Iglesia del mismo.

Y como en una cinta cinematográfica pasaron por mi mente Pedro el compañero quien, según él, le sacaba notas musicales a las campanas; la calle "Real", hoy "José Dolores Alfonseca" adornada por Estéban Martinez con cordelillos de papel de todos los colores; la calle de la Iglesia, hoy "16 de Agosto", adornada e iluminada con farolitos de papel; la del "Perdón", hoy "Trinitaria", cuyos vecinos se empeñaban en que estuviera mejor adornada que las demás; "El Mamey", hoy "Eugenio Perdomo", adornada con matas de plátano vestidas de papel y unidas por cadenas del mismo material; 'La Fagina' hoy "Emilio Prud-Homme"; los toros con beta, pollos enterrados, carreras en saco, quilín-quilín-boca y otros festejos que eran amenizados con buena música; la procesión, en la cual formaban fila los hermanos Regús, quienes por su inteligencia eran representativos de la juventud del barrio, Porfirio Herrera con la misma sonrisa y el buen humor que aún conserva; Bienvenido Iglesias, Heriberto Pérez, Silvio Peynado, Pedro y Ramón Molina, los Monclús y otros jóvenes que mantenían vivo el entusiasmo durante los nueve días que duraban las fiestas; y haciendo compañía a la Virgen las Srtas. Peña, Molina, Luna, Morales, Herrera, Peynado,

leza "San Luis", en Santiago, su resistencia fué tan heroica y su sacrificio tan grande que, agotadas sus provisiones de boca, él y sus parciales comieron carne de burro.

Sánchez, orgulloso, se haló la solapa del gabán, se limpió el pecho, se pasó la mano por la frente, y dijo:

—Trae otra —de Domecq— Chinito!

Siguió la juerga y Mario habló del "vuelvan caras" de Páez en las Queseras, y otros hechos de armas que nos relata "Venezuela heroica",

Déjate de tonterias —dijo Amable de nuevo— eso que tu has leído en "Venezuela heroica" puede ser verdad; pero puede también estar abultado por el tiempo o la pasión; dí que Sánchez en la población de Salcedo en 1906 le hizo frente a una columna revolucionaria con doce miembros de la Guardia Repúblicana y después de una hora de pleito la derrotó.

Nuevamente Sánchez se sintió orgulloso del merecido elogio que de él se hacia y, después de escanciar la botella de Domecq, preguntó a sus dos amigos:

—Bien, y ustedes como están para esta noche?

Amable no respondió una sola palabra; pero pensó en una tamborita que necesitaba, Mario vió pasar por su mente todos los juguetes que habia visto en las tiendas de su pueblo, mientras Sánchez, espléndido como siempre, ponia en las manos de cada uno de sus dos amigos un flamante billete de cinco pesos.

Al dia siguiente, los dos héroes de esta historieta estaban parados en una de las esquinas del parque de recreo de su pueblo cuando atinó a pasar el General Sánchez; y Amable, quizás agradecido por la acción de éste la noche anterior o deseoso,, tal vez, de que se repitiera la juerga, le dijo:

Adiós General:

Batlle, Pereyra, Polanco, Piantini y otras que por sus encantos femeninos eran entonces orgullo del barrio y hoy ejemplarizan con sus virtudes el hogar que han formado; y cerrando el cuadro iban el Padre Fellito a quien le seguían los hermanos Pérez, Panchito Lluberes, don Ventura Peña, Manuel, Abelardo y José María Cruz, fundadores del barrio y troncos de honorables familias del mismo.

Y cuando estaba pensando en todo esto una voz me dijo:

—Don Ureña, el desayuno, me sacó de la abstracción en que me encontraba mientras las campanas seguían anunciando que había llegado el día de la Candelaria.